



AL ENCUENTRO CON JESÚS

Matilde Eugenia Pérez Tamayo

CONTENIDO

Presentación

Oración a Jesús, el Dios de los encuentros

1. En el brocal del pozo (La Samaritana)
Dame, Señor, de tu agua viva
2. Y la oscuridad se convirtió en luz (El ciego Bartimeo)
Oración para pedir la gracia de la fe
3. La suegra que conmovió a Jesús (La suegra de Pedro)
Oración para pedir la salud del alma y del cuerpo
4. El publicano de Jericó (Zaqueo)
Oración para pedir los dones de la conversión y del perdón
5. Una madre convincente (La mujer cananea)
Tú, Señor, eres mi fortaleza
6. El joven que buscaba la Vida eterna (El joven rico)
Oración del corazón
7. Amiga y discípula (María de Betania)
Lléname de Ti, Señor
8. Un padre que ama y cree (Jairo, el jefe de la sinagoga)
Profesión de fe
9. Sorprendida en adulterio (La mujer adúltera)

Petición de perdón

10. Tus pecados te son perdonados (El paralítico descolgado)
Renueva, Señor Jesús, nuestro ser y nuestra vida
11. Una mujer de su casa (Marta de Betania)
Oración a Jesús Amigo
12. De la muerte a la vida (Lázaro de Betania)
Oración del testigo
13. Doce años enferma y excluida (la hemorroísa)
Enséñame, Señor, a orar
14. El maestro de la duda (Tomás, el discípulo)
Aumenta, Señor, mi fe y mi esperanza
15. Del dolor a la alegría (La viuda de Naim)
Oración para pedir el don de la alegría
16. El compañero de la última hora (Dimas, el buen ladrón)
Dame, Señor, un corazón de carne

PRESENTACIÓN

La vida de todos los seres humanos, nace, crece, y llega a su madurez, en, por, y para el “encuentro”. El “encuentro” de los padres comunica la vida al hijo; el “encuentro” de los padres y los hijos, y de los hermanos entre sí, constituye la familia, principio y fundamento de la sociedad, y también de la Iglesia, que es la gran familia de Dios. El “encuentro” con las personas cercanas abre nuestra mente y nuestro corazón al mundo, da lugar a la amistad, y hace posible que la sociedad crezca y se desarrolle con vitalidad.

“Encontrarse” con otro implica situarse frente a él, cara a cara con él, para conocerlo, para amarlo y recibir su amor, para establecer con él una relación de amistad en la que cada uno comunica al otro, entrega al otro, lo que él mismo es; le participa su ser, su esencia, su intimidad.

Jesús es Dios que se encarna porque quiere “encontrarse” con nosotros, los seres humanos de todos los tiempos y todos los lugares; Dios que desea ponerse en nuestra situación para mirarnos de frente, desde nuestra misma condición, conocernos y dárse nos a conocer, amarnos y enseñarnos a amar; amarnos y recibir nuestro amor, establecer con nosotros una relación de amistad íntima y profunda, comunicarnos lo que él es - su divinidad -, para hacer florecer nuestra humanidad.

Jesús es Dios que se "humaniza", Dios que se nos da, Dios que se nos entrega, porque su deseo más grande

es que lleguemos a ser como él es, a pensar como él piensa, a sentir como él siente, a amar como él ama, a actuar como él actúa, siempre con bondad, con justicia, con libertad, en la verdad; sintiéndonos hermanos los unos de los otros, porque nos reconocemos hijos de un mismo Padre.

Leyendo los evangelios, podemos darnos cuenta de que toda la vida de Jesús, desde su nacimiento en Belén hasta su muerte de cruz, e incluso sus apariciones después de la resurrección, tal y como fueron referidas por los evangelistas, fue una larga serie de “encuentros”, en los cuales comunicó a los hombres y mujeres con quienes compartió su existencia en el mundo, su fe, su amor, y su esperanza.

La samaritana, María Magdalena y Simón Pedro, Zaqueo y la mujer adúltera, la cananea y su hija, la hemorroísa y el ciego Bartimeo, Jairo y su hija, Lázaro, Marta y María de Betania, Mateo y Tomás, Felipe y Andrés, el joven rico y la mujer encorvada, Juan y Santiago, el hombre de la mano seca y el endemoniado de Gerasa, la viuda pobre y el sordomudo, José de Arimatea y Dimas, el buen ladrón, Nicodemo y el leproso agradecido, la suegra de Pedro y el centurion romano, Simón de Cirene y todos los hombres y mujeres que se cruzaron en su camino, nos dan su testimonio: su “encuentro” con Jesús marcó definitivamente sus vidas, y desde el mismo momento que lo tuvieron frente a frente, empezaron a ser personas nuevas, seres humanos verdaderamente libres.

Jesús los liberó de sus enfermedades y de sus

angustias, de su pecado y de su miedo, de su cobardía, de su soledad, de sus ambiciones, de sus debilidades humanas, de su egoísmo; llenó su corazón con su verdad y con su amor, les comunicó su paz "que no es como la que da el mundo", los fortaleció con el don de su espíritu, y los iluminó con su luz que no se apaga.

Guiados por los evangelios, que nos hacen presentes los momentos claves de la vida del Maestro, intentemos hacer un recorrido imaginario por la historia de algunas de estas personas que fueron "tocadas" por Jesús en su "encuentro" con ellas, y escuchemos con atención lo que cada una tiene para decirnos hoy.

Acojamos su testimonio con la mejor disposición de ánimo. Sus palabras serán para nosotros, una fuente de inspiración. Han pasado 2.000 años y algo más, pero los seres humanos seguimos siendo los mismos. Tal vez sus palabras sean lo que estamos necesitando para ponernos en camino; lo que nos estaba haciendo falta reconocer para avocar con entusiasmo y verdadera conciencia, un encuentro personal y profundo con Jesús; un encuentro que nos transforme por dentro, y cambie nuestra vida entera.

Tal vez ellos nos digan lo que necesitamos oír para dar el paso que tenemos que dar: olvidarnos de la simple devoción externa, de las meras prácticas piadosas que dicen tan poco y en ocasiones adormecen nuestra conciencia, y establecer con Jesús una relación personal, íntima y profunda; para, de esta manera, llegar a la entrega total de nuestro ser a él y a su causa: el Reino, o mejor, el Reinado de Dios, que Jesús

anunciaba, con la certeza de que llenará de felicidad y de paz nuestro corazón y nuestra vida

Que María, la primera discípula y la primera misionera de Jesús, nos guíe y anime en esta tarea.

ORACIÓN A JESÚS, EL DIOS DE LOS ENCUENTROS

*Jesús, Hijo de Dios,
que nos llamas a tu encuentro cada día,
con la certeza de que ese encuentro
es para nosotros un don y una gracia,
danos la capacidad
de salir de nuestro ensimismamiento,
y acogerte con fe y con amor,
en las distintas circunstancias de nuestra vida.*

*Acogerte para creer en ti
y en tu palabra
de amor y de vida,
de esperanza y de paz.
Acogerte para amarte
con un amor cálido y profundo,
salido de lo más hondo de nuestro corazón.*

*Acogerte para proclamarte
con decisión y valentía,
como dueño y señor
de nuestro ser y de nuestra vida.
Acogerte para comunicar*

*con entusiasmo y alegría,
con gestos y palabras,
tu mensaje de salvación y de vida eterna.*

*Condúcenos, Jesús a tu encuentro,
como condujiste a la samaritana del Evangelio.
Como condujiste a Pedro, a Santiago y a Juan,
y a todas y cada uno de los hombres y mujeres
que, a lo largo de tu vida en el mundo,
tuvieron una relación íntima y eficaz contigo;
una relación que llenó su corazón
de certeza y claridad,
de verdad y de vida.*

*No permitas, Jesús,
que nos extraviemos
en este difícil camino
que ahora recorreremos.
No permitas que seamos ciegos
a tu presencia en nuestra vida.*

*Danos la gracia de saber descubrirte,
la gracia de saber encontrarte,
la gracia de saber escucharte,
la gracia de saber seguirte,
ahora y siempre.
Amén.*



1. EN EL BROCAL DEL POZO (La samaritana)

Llega Jesús a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta.

Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: “Dame de beber”. Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice la mujer samaritana: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?” (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.)

Jesús le respondió: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva”. Le dice la

mujer: “Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?”.

Jesús le respondió: “Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna”. Le dice la mujer: “Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla”.

Él le dice: “Vete, llama a tu marido y vuelve acá”. Respondió la mujer: “No tengo marido”. Jesús le dice: “Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad”.

Le dice la mujer: “Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y ustedes dicen que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar”. Jesús le dice: “Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que lo adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad”.

Le dice la mujer: “Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo”. Jesús le

dice: "Yo soy, el que te está hablando".

En esto llegaron sus discípulos y se sorprendían de que hablara con una mujer. Pero nadie le dijo: "¿Qué quieres?" o "¿Qué hablas con ella?".

La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: "Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?".

Salieron de la ciudad e iban donde él. (Juan 4, 5-30)

Sí, yo soy la mujer de Samaría, "la samaritana", como me llamó Juan en su evangelio, cuando refirió mi historia.

Conocí a Jesús un día de aquellos en los que el sol parece brillar con más esplendor. Estaba cansado y se había sentado en el brocal del pozo que está en las afueras de Sicar, la ciudad donde vivo. Porque soy samaritana de nacimiento y de costumbres.

Llegué, como todos los días, a sacar agua para llevar a casa. No sé por qué fui a aquella hora; era mediodía y yo suelo ir siempre más temprano en la mañana, o al atardecer, cuando ha caído ya un poco el sol. Tal vez Dios mismo me llevó para que me encontrara con él, porque - hoy puedo decirlo con toda sinceridad -, Jesús, el profeta de Nazaret, cambió mi vida totalmente; le dio un nuevo sentido y un nuevo valor, y llenó de fe y de esperanza mi corazón herido.

Cuando lo vi allí, silencioso, con la mirada perdida en el horizonte y con el rostro sudoroso y cansado, no me compadecí de él; lo digo con toda claridad. Inmediatamente supe que era judío, y ya se sabe que los judíos y los samaritanos estamos separados desde hace tiempo, por muchas cosas, entre ellas, nuestra manera de creer en Dios y de relacionarnos con él.

Por eso, cuando me pidió que le diera de beber, antes de hacerlo le eché en cara nuestra enemistad ancestral: él era judío y yo samaritana, ¿qué estaba haciendo allí, en un territorio que no era el suyo, hablándome a mí y pidiéndome ayuda? Era muy extraño ver un judío por aquellos lugares y mucho más en aquella situación.

Su actitud cordial y su respuesta un poco extraña pero en todo correcta, a mi pregunta osca e hiriente, me desconcertó bastante. A pesar de que me estaba pidiendo agua para saciar su sed, me habló de un “agua viva” que él tenía, y también del don de Dios que significaba que estuviera allí, a aquella hora, hablando conmigo.

Confieso que sus palabras me dieron risa y rabia a la vez. ¿Quién se creía que era?... Pero su mirada era tan limpia, sus gestos tan sencillos y pausados, su hablar tan seguro, y su actitud tan serena y acogedora, que me quedé escuchándolo sin interrumpirlo, y terminó por conquistarme.

¡Hasta le pedí que me diera de “su agua” para calmar mi sed física, definitivamente, de manera que ya no tuviera

necesidad de volver a aquel lugar tan lejano, para conseguir agua fresca!

Mi petición muestra con claridad que evidentemente no había entendido nada de lo que Jesús estaba diciendo. Sólo lo comprendo ahora que el tiempo ha pasado y he podido reflexionar sobre aquella conversación, y sobre muchas otras cosas que después supe de él. Sus enseñanzas llenan hoy mi corazón de alegría y de paz.

Pero lo que vino luego fue lo que más me sorprendió, y lo que destruyó definitivamente mis prejuicios y mis dudas. ¡No podía creerlo!... Jesús me habló de mi vida, de mis cinco maridos anteriores, y de mi amante de entonces, como si me conociera, como si conociera mi historia y las vueltas que ha dado y que yo he dado con ella.

Sin embargo, pude darme cuenta perfectamente, que no lo hacía como estaba acostumbrada a que lo hicieran los demás: juzgándome, condenándome, maldiciéndome por mi falta de criterio y de orden, por mi conducta inmoral, por mis descarados deslices sentimentales.

Jesús lo hizo con gran respeto, hasta con cariño, podría decir; como si me comprendiera, incluso más que yo misma; invitándome a tomar conciencia de ello y mostrándome el mal que me estaba causando a mí misma, aunque aparentemente creyera que era feliz y así quisiera aparecer ante los demás.

Esta fue para mi, la prueba más clara y fehaciente de que Jesús no era un hombre como los demás, un

hombre como aquellos con quienes estaba habituada a tratar en mi familia y en mi pueblo. Tenía que ser alguien más; tal vez un profeta, un hombre de Dios. Un profeta judío, pero profeta al fin y al cabo; y como mis padres me enseñaron que a los profetas hay que escucharlos siempre con mucha atención, aunque sus palabras puedan sonar duro a nuestros oídos, permanecí allí atenta a todo lo que quería decirme. Nuestra conversación fue mucho más larga de lo que cuenta Juan en su relato.

Jesús me hablaba con profundo respeto y con un gran cariño, como si yo fuera una persona muy importante para él, como si le interesara mucho mi bienestar en el presente y en el porvenir.

Yo le hice algunas preguntas y él me las respondió con verdadera sabiduría. Hasta me atreví a preguntarle por el Mesías, el Enviado de Dios, tan esperado por todos los descendientes de Abrahán, incluyéndonos a nosotros, los samaritanos. ¿Y saben qué?... Me dijo sin vacilaciones pero sencillamente, con mucha humildad y gran calidez: *“Yo soy, el que te está hablando”*.

Cuando escuché su respuesta quedé sobrecogida, abismada, incapaz de decir algo más. Era totalmente inusitado. No me lo esperaba. ¡No podía imaginarlo siquiera! Estar yo allí, hablando con el Enviado de Yahvé... ¡Imposible!... ¿Por qué yo?...

Pero no tuve tiempo de decir nada más, y él tampoco... Llegaron sus discípulos que habían ido a otro pueblo a comprar comida, y se sorprendieron de encontrar a su

maestro conversando conmigo. Hay que recordar que en aquel tiempo se veía muy mal que un hombre hablara con una mujer en un lugar público, mucho más si esa mujer era samaritana, y peor aún si el tema de conversación era religioso, un tema “propio de hombres”, según se decía.

Entonces aproveché el barullo que se formó, y corrí al pueblo para contarles a todos lo que me había sucedido. Era importante que ellos fueran a conocer a Jesús, y a escuchar sus palabras. Una noticia como esta no puede dejarse guardada, hay que anunciarla, hacerle propaganda, comunicarla rápidamente a todos los que sea posible.

Ha pasado mucho tiempo desde aquel día y no he podido olvidarlo. Mi encuentro con Jesús, el Maestro de Nazaret, el Mesías de Dios, marcó definitivamente mi vida y dejó en ella una huella imborrable. Desde entonces soy una persona distinta, una mujer nueva. Él, con su amabilidad y su ternura, su libertad y su confianza, me cambió para siempre.

Muy pronto comprendí que sus palabras no eran las mismas palabras que todos estamos habituados a oír; decían más de lo que a simple vista parecía que dijeran; calaban hondo en el corazón; abrían caminos; sugerían... Por eso las recuerdo con tanta claridad; por eso siguen enseñándome tantas cosas; por eso todavía hacen latir mi corazón con más fuerza de lo acostumbrado.

A veces pienso que Jesús se quedó aquel día en el

brocal del pozo, sólo para encontrarse conmigo; para ponerme conversación y penetrar en mi intimidad, y desde allí, desde mi pequeñez, transformarme, haciéndome consciente de lo que había sido hasta entonces, y de lo que podía llegar a ser si lo escuchaba a él y me dejaba guiar por sus palabras.

¡Y lo conseguí! Jesús es ahora mi eterno presente; él y sus enseñanzas de amor, de perdón, de verdad, de esperanza, que poco a poco he ido conociendo, ayudada por sus discípulos más cercanos, que las escucharon directamente de sus labios, y lo vieron hacerlas realidad en su vida de cada día, en el trato amoroso con todas y cada una de las personas que se cruzaron en su camino, incluyendo aquellos que lo persiguieron y lo llevaron a la muerte.

Sí, Jesús cambió mi vida. La cambió totalmente, y espero que sea para siempre. Ahora soy una mujer nueva, una mujer totalmente renovada, una mujer que ya no tiene miedo de ser mujer; una mujer que es capaz de muchas cosas, porque ha bebido del “agua viva” que Jesús le ofreció, y ahora tiene la “vida en abundancia” que él le regaló, y la única sed que padece es una sed que no incomoda, sino que llena el corazón de gozo y entusiasmo, de luz y fortaleza para seguir viviendo, para seguir luchando: ¡Sed de Dios!

Un tiempo después de mi encuentro con Jesús, el Maestro fue hecho prisionero y llevado por las autoridades del Templo de Jerusalén, con falsas acusaciones, ante Pilato, el gobernador romano. Pilato lo condenó a morir crucificado, y la condena se cumplió la

la víspera de la gran fiesta de la Pascua. Sin embargo, sus discípulos y amigos más cercanos dan testimonio de que al tercer día resucitó de entre los muertos, y se les apareció a algunos de ellos.

Yo acepto con humildad y con fe su testimonio, y aunque no lo he visto con mis ojos, ni lo he tocado con mis manos, siento muy vivamente, en mi corazón de mujer y de creyente, su presencia amorosa y constante.

No tuve la dicha de volver a verlo ni de volver a escucharlo mientras vivió en el mundo, pero en mi memoria permanece su imagen, y en mi alma resuenan sus palabras cálidas y veraces, la bondad de sus gestos, el amor con el que se dirigió a mí, sabiendo quien era yo y la vida que entonces llevaba.

DAME, SEÑOR, DE TU AGUA VIVA

*Señor Jesús,
Maestro de vida y esperanza,
dame a beber del agua viva que brota de tu fuente,
y quita para siempre la sed de quien la bebe.
Quiero beberla cada día como tú nos la ofreces,
para calmar la sed de eternidad que mi alma siente.*

*Dame, Señor, del agua viva que brota de tu fuente.
Llena mi corazón con su frescura.
Quiero darle a mi vida una nueva esperanza,
olvidar mis caprichos y mis metas,
y caminar contigo hacia donde tú quieras conducirme.*

*Dame, Señor, del agua viva que brota de tu fuente.
Llena mi corazón con su frescura.
Quiero sanar mi vida de todas las heridas
que aún duelen,
y entregártela a ti sin condiciones,
sin miedo ni tristeza.*

*Señor Jesús,
Maestro de vida y esperanza,
dame a beber del agua viva que brota de tu fuente
hasta la Vida eterna.
Que renueve mi ser. Que sacie mis anhelos.
Que me llene de paz y de esperanza.
De fe, de amor, de entrega humilde y generosa.
Hasta que llegue el día del encuentro contigo
que ya espero.
Amén.*

2. Y LA OSCURIDAD SE CONVIRTIÓ EN LUZ (Bartimeo, el ciego de nacimiento)



Cuando Jesús salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!”

Muchos le increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!” Jesús se detuvo y dijo: “Llámenlo”.

Llaman al ciego, diciéndole: “Animo, levántate! Te llama”. Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde

Jesús. Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: “¿Qué quieres que te haga?” El ciego le dijo: “Rabbuní, ¡que vea!” Jesús le dijo: “Vete, tu fe te ha salvado”. Y al instante, recobró la vista y lo seguía por el camino. (Marcos 10, 46-52)

Yo soy Bartimeo, el hijo de Timeo, habitante de Jericó, la hermosa ciudad de las palmeras, situada en la margen izquierda del río Jordán, cerca a su desembocadura en el Mar Muerto.

Estoy aquí, porque quiero dar testimonio de lo que Jesús el Rabí de Nazaret, hizo por mí y en mí, en un momento clave de mi vida; y de todo lo que de este acontecimiento, de este maravilloso encuentro, se derivó.

Hoy, ahora, es claro para mí y deseo anunciarlo a todos los que quieran escucharme: Jesús de Nazaret, no es sólo el Hijo de David, como yo gritaba aquella mañana, es el Hijo de Dios, su Mesías-Salvador. Puedo dar fe de ello.

Lo conocí personalmente, y fui beneficiario directo de uno de sus milagros más famosos, del cual hay constancia en los cuatro evangelios. San Juan lo llama signo, porque para él es una señal clara de la divinidad de Jesús, y lo narra bella y detalladamente (Juan 9, 1 ss).

Nací ciego y Jesús me dio la vista cuando era ya mayor.

¡Quién si no Dios puede hacer algo así!... ¡Dónde se había visto o se verá algo semejante!...

El día que aquello sucedió fue el más feliz de toda mi vida, no sólo porque pude ver, y con ello, admirar y gozar la hermosura del mundo, sino también y sobre todo, porque cuando mis ojos se abrieron, y la luz penetró por mis pupilas, conocí a Jesús, el personaje más grande de la historia humana de todos los tiempos.

Y conocer a Jesús, mirarlo a la cara como yo pude hacerlo, es un privilegio, una gracia totalmente inmerecida pero absolutamente maravillosa, porque Jesús cambia la vida de quien se acerca a él con corazón abierto y bien dispuesto.

Ya me había resignado a ser una persona rechazada, que tenía que vivir de las monedas que me daban los que pasaban por mi lado, unas veces con gusto, y otras – las más -, con desprecio. Era mi destino y también el destino de todos los que, como yo, nacían en Israel, con algún defecto físico, o contraían en cualquier etapa de su vida una enfermedad grave, como la lepra, por ejemplo.

En aquel entonces existía la creencia de que toda limitación física o mental, y toda enfermedad aparentemente incurable, era un castigo de Dios por los pecados cometidos por los padres del enfermo, o por él mismo; por esta razón, rechazar al enfermo, a al limitado, se convertía, en cierta forma, en una manera de rechazar el pecado que éste “encarnaba”.

¡Menos mal que Jesús vino y cambió esta creencia!... ¡Si

no lo hubiera hecho, cuánta gente más tendría que padecer esta marginación que ofende nuestra dignidad humana y nos hace tanto daño!...

Bueno... Pero este no es el tema que quiero tratar ahora. El tema es la obra que Jesús realizó en mí al darme la vista; el amor que me comunicó cuando sanó mis ojos enfermos; las cadenas que me quitó cuando pude ver; la luz nueva que iluminó todo mi ser y venció la oscuridad que me rodeaba, y me hundía en el abismo de la desesperanza.

Fue muy difícil para muchos, creer lo que había sucedido, lo que estaba sucediendo, allí, delante de sus propios ojos. ¡Era algo tan inusitado y tan sorprendente! Hasta yo dudé en algún momento; me parecía que todo era un sueño, una mera ilusión. ¡Había pasado tanto tiempo en la oscuridad absoluta!

Pero no, ¡era una realidad!; una realidad maravillosa que hacía de mí una persona totalmente nueva, con un sinfín de posibilidades que antes no tenía.

Los más sorprendidos de todos fueron, sin duda, los fariseos, que estaban ya bastante disgustados por lo que veían que Jesús hacía, y por lo que le oían decir. Les parecía que con ello desacreditaba su doctrina y sus enseñanzas, y les quitaba el protagonismo que siempre estaban buscando.

Cuando Jesús me llamó, corrí torpemente a su encuentro, guiado por su voz, y me eché a sus pies. Había oído hablar de él muchas veces, y de los milagros

que hacía, a la gente que pasaba por el camino, pero nunca pensé que yo pudiera ser objeto de uno de estos milagros. Todo era muy extraño para mí; imagínense, ¡nunca antes había visto!

Jesús dio luz a mis ojos físicos, pero también, y de una manera muy especial, iluminó mi corazón con la luz de su Verdad y de su Amor. Ahora entiendo el alcance de sus palabras, cuando dijo a sus discípulos y a todos los que lo escuchaban: *“Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida”* (Juan 8,12).

Mi curación es signo de la luz que Jesús trajo al mundo entero, y lo mismo que hizo conmigo lo hace con cada hombre y con cada mujer que, a lo largo de la historia, se arriesgan a escuchar su palabra y a seguir sus enseñanzas con entusiasmo y alegría, con valentía y decisión, aunque les toque nadar contra la corriente.

Desde aquel momento inolvidable y glorioso, mi vida tuvo un cambio de 180 grados. Jesús me hizo consciente de mi dignidad esencial como hijo amado de Dios, y esto fortaleció mi autoestima; entonces, dejé a un lado mi antigua condición de marginado, y emprendí un nuevo camino.

Me esforcé mucho para dejar atrás mi vieja manera de pensar y de actuar, sin iniciativa propia, y dependiendo en todo de lo que las personas de buen corazón quisieran darme y hacer por mí; me integré a la comunidad uniéndome a un pequeño grupo de seguidores de Jesús, y de sus enseñanzas, y en esas

estoy.

¡Ahora mi vida tiene un propósito muy concreto! Jesús es mi luz y mi salvación, y yo intento también iluminar la vida de las personas que encuentro en mi camino, hablándoles de él y de todo lo que hizo por nosotros.

Cada día soy más feliz, y doy gracias a Dios por haberme elegido para realizar en mí su obra. Pero no me quedo en el agradecimiento; procuro compartir lo que ahora es una certeza en mi corazón: Dios nos ama, y su amor lo puede todo; cuando abrimos nuestro corazón para acoger este amor, suceden cosas maravillosas. Yo soy testigo de ello. A mí me sucedió.

Nada es más grande que el amor de Dios por nosotros; por todos los hombres y mujeres del mundo y de la historia. Nada es más maravilloso que poder tener la certeza de este amor y sentirlo en el corazón y en la vida. Nada hace más feliz que anunciar este amor a otras personas, sobre todo si estas personas sufren, precisamente porque no se sienten amadas, porque son marginadas, rechazadas, excluidas, como yo lo era cuando me encontré con Jesús, mi liberador.

Era ciego y ahora veo. Era rechazado por todos a causa de mi limitación, y ahora sé que Dios abre sus brazos en torno a mí, cada día, para abrazarme y mostrarme su amor. Conocí a Jesús, y él es la Luz que ilumina mi camino. Vivía en el temor, y ahora llena mi corazón el amor del Señor. La tristeza era mi compañera permanente, pero ella se marchó definitivamente y ahora me inunda la alegría.

¡Haberme encontrado con Jesús de Nazaret es lo más maravilloso que me haya podido pasar! ¡Ojalá todas las personas del mundo pudieran vivir algún día lo que viví yo, y experimentar en carne propia lo que yo experimenté! Es mi deseo más grande, y así lo pido a Dios cada día.

¡Y todo sucedió por la fe! ¡Porque creí en Jesús y en su palabra! Él me lo dijo claramente delante de todos: “*Tu fe te ha salvado*”.

ORACIÓN PARA PEDIR LA GRACIA DE LA FE

*Señor Jesús,
Hijo de Dios y Salvador de los hombres,
ilumina mi vida con tu luz
y dame la gracia de creer en ti,
con una fe alegre y gozosa,
jubilosa y entusiasta,
sean cuales sean las circunstancias de la vida
en las que me encuentre.*

*Dame, Señor Jesús, como a Bartimeo,
una fe tan grande y tan profunda,
que me ayude a superar hoy y siempre,
los momentos difíciles
que todos tenemos que vivir y superar.
Una fe que me permita vencer todos los temores
que invaden mi alma.*

*Una fe que destruya para siempre los miedos
que me acosan.*

*Una fe que dé sentido y valor
a todas y cada una de mis alegrías
y de mis sufrimientos.*

*Dame, Señor, una fe llena de esperanza;
una fe valiente;
una fe siempre joven, aunque los años pasen;
una fe profunda y fuerte, que fortalezca mi debilidad,
y me ayude a vencer todas mis limitaciones.*

*Dame, Señor, una fe que sepa reír y cantar,
en medio del dolor y a pesar de él;
una fe capaz de hacer frente
a todas las adversidades y fracasos,
con tranquilidad y buen humor.*

*Dame, Señor, una fe que atraiga;
una fe que motive;
una fe que entusiasme a otros a creer;
una fe viva, alegre y contagiosa.*

*Dame, Señor, una fe activa y creativa,
que no sea sólo de palabras,
de rezos y promesas,
sino también, y muy especialmente,
una fe de obras.*

*Dame, Señor, una fe perseverante,
que no retroceda ante las dificultades,
sino que, por el contrario,
crezca y se desarrolle en medio de ellas.*

*Dame, Señor, una fe comunicativa,
que se haga testimonio claro,
de que creer en ti y en tu Verdad,
en tu Amor y tu Palabra,
nos trae dicha y felicidad.*

*Señor, yo creo, pero quiero pedirte hoy
y todos los días de mi vida,
desde lo más profundo de mi corazón,
que aumentes mi fe y me ayudes a creer
con una fe semejante a la fe de María,
Madre y Maestra de todos los que creen,
por haber creído siempre
con corazón humilde y generoso.
Amén.*

3. LA SUEGRA QUE CONMOVIÓ A JESÚS (La suegra de Pedro)



Quando Jesús salió de la sinagoga se fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés.

La suegra de Simón estaba en cama con fiebre; y le hablan de ella.

Se acercó y, tomándola de la mano, la levantó. La fiebre la dejó y ella se puso a servirles. (Marcos 1, 29-31)

Mi nombre no interesa mucho, porque en mi pueblo y entre mi gente, soy conocida por el papel que desempeño en la familia, con más orgullo de lo que muchos piensan: soy la suegra de Simón, o de Pedro, como lo llamaba Jesús, y vine hoy aquí, para dar

testimonio de su gran poder sanador, no por haberlo visto curar a alguien, sino por lo que hizo en mí: Jesús me devolvió la vida cuando estaba a punto de perderla, y eso nunca podré olvidarlo.

La primera vez que lo ví, estaba en la cama, postrada por la fiebre, desde hacía ya varios días. Me dolía todo el cuerpo y sentía una gran debilidad que no me permitía ni siquiera ponerme de pie. La familia estaba bastante preocupada con el asunto.

Aunque parezca extraño, fue Simón quien lo trajo a casa para que me curara. Entre él y yo ha habido siempre una gran sintonía y un profundo cariño; me quiere como a una madre y yo lo quiero a él como a un hijo.

Yo ya conocía algo del Maestro, porque Simón no paraba de mencionarlo en sus conversaciones. Todas las tardes regresaba a casa contando algo nuevo que había dicho, o relatando un prodigio que había realizado.

Mi hija y yo no le creíamos mucho, porque Simón solía deslumbrarse fácilmente con las personas que acababa de conocer; pero ahora sé que todo lo que nos dijo sobre Jesús era verdad, y hasta me parece que se quedó corto en sus expresiones de admiración y de respeto.

No me di cuenta cuándo mis parientes volvieron de la sinagoga, donde habían ido, como todos los sábados, porque la fiebre era tan alta, que me tenía entre la conciencia y la inconciencia. Me despertó la voz fuerte de Simón, que muy cerca de mí le estaba contando al Maestro lo que me pasaba.

Cuando Simón terminó de hablar, Jesús me miró y pude ver en sus ojos una gran compasión por mí. Tal vez le recordé a su madre, a quien había dejado en Nazaret, o a su abuela, o a alguna persona de su familia a quien quería mucho.

Después me tomó suavemente de la mano y me haló para que me incorporara, y yo, que hacía ya tres o cuatro días que me encontraba postrada, débil y adolorida, logré levantarme sin ninguna fatiga. Después, apoyada en sus brazos jóvenes y fuertes, me puse de pie.

Todos los presentes aplaudieron complacidos, y yo, para celebrar mi alegría por verme curada de mi enfermedad, me fui rápidamente a la cocina a hacer lo que sé hacer, lo que hago todos los días: preparar la cena; sin embargo esta vez lo hice no como una rutina, sino movida interiormente por un gran agradecimiento y una profunda alegría.

Este episodio de mi vida, aparentemente sencillo, pero muy significativo para mí, cambió definitivamente mi manera de pensar y mi manera de actuar, no sólo con respecto a Jesús, sino con respecto a Dios, a los demás, y a la vida misma, que es sin duda para todos, una gran riqueza, que no sabemos apreciar suficientemente mientras tenemos salud.

Jesús conquistó para siempre mi corazón y los de toda la familia. Actuó con tanta naturalidad, con tanta sencillez, y a la vez con tanta decisión y seguridad, que es imposible no sorprenderse, y menos aún, no empezar a amarlo y a

escuchar con atención todas y cada una de sus palabras, que son palabras llenas de sabiduría y de bondad.

Mi hija y yo, que andábamos un poco molestas con Simón, por su abandono de los últimos meses, tuvimos que reconocer que tenía razón en querer seguir a Jesús a todas partes, aunque eso le implicara ausentarse de Cafarnaúm donde vivíamos, varios días a la semana, y al regresar hablar sólo de él y de sus acciones y palabras.

Aquella tarde fue muy especial para todos. Hasta para Jesús, que se convirtió en el gran héroe de la familia y de los vecinos, que se preparaban para verme partir a la eternidad, pero que, por designio especial de Dios, fueron testigos de un verdadero milagro de vida.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero el recuerdo de aquel encuentro sigue vivo en mi corazón, e inspira todo lo que pienso, todo lo que digo y todo lo que hago; no podría ser de otra manera.

Jesús no sólo me devolvió la salud física que estaba ya bastante deteriorada por los años y los trabajos realizados, sino también el ímpetu de una vida nueva, y unas ganas enormes de seguir adelante, creciendo como persona y como mujer.

Estaba viviendo de una manera rutinaria, como lo hacían y lo siguen haciendo la mayor parte las mujeres de nuestro pueblo y de nuestra cultura, ocupadas sólo en el cuidado de los hijos y de la casa. Una vida sin alicientes de ninguna clase; una vida sometida y totalmente

previsible; pero Jesús, al tomarme de la mano, me transmitió su fuerza sanadora, y me dio un nuevo impulso y una nueva razón para vivir.

Entendí que la vida humana alcanza su esplendor en el reconocimiento de la bondad de Dios que nos lo da todo, y en el servicio sencillo y oportuno a todas las personas con quienes uno vive, y con lo que habitualmente hace. No hay que buscar nada diferente ni extraordinario.

Todo esto me lo dijo Jesús, con su mirada cálida y compasiva, cuando me encontró postrada por mi enfermedad; con la fuerza y la ternura de su contacto físico, y con el amor infinito que de él emanaba. Después, sus palabras me lo confirmaron, y aquí estoy como una fiel discípula suya, empeñada en contar mi experiencia a otras personas, para llevarlas a él.

Si recibí la gracia de conocerlo personalmente, tengo que compartirla con otros; más ahora, que Jesús ya no está entre nosotros, en forma corporal, pero que vive en el corazón de quienes hemos creído en él, y también, en la comunidad que formamos en su nombre, para hacer realidad las enseñanzas que nos dio, con sus palabras siempre oportunas y muy dicientes, y con su ejemplo de coherencia y fidelidad a Dios Padre, a quien se sentía profundamente unido, como su Hijo muy querido.

ORACIÓN PARA PEDIR LA SALUD DEL ALMA Y DEL CUERPO

*Señor Jesús,
médico de los cuerpos y de las almas,
vengo ante ti para pedirte,
con toda la humildad de que soy capaz,
que sanes las heridas que lastiman
mi mente y mi corazón,
y no me dejen vivir a plenitud
y con la libertad que tú quieres,
la vida que me has dado.*

*Sana, Señor, los recuerdos del pasado
que se hacen presentes en mi mente
con más insistencia de la que quisiera,
y me roban la paz que necesito
para seguir viviendo con dignidad y confianza,
cada día de vida que tú me regalas.*

*Sana, Señor Jesús,
los miedos que me impiden actuar
con la diligencia, la oportunidad
y la efectividad que debería,
en bien de las personas que necesitan de mí.*

*Sana las angustias,
que me debilitan espiritualmente
y me hacen vulnerable,
frente a las circunstancias
que tengo que afrontar cada día,
y frente a las personas
con quienes me relaciono.*

*Sana mi tendencia a la tristeza
que sin duda me impide gozar a plenitud*

*la vida que me has concedido vivir,
y sus infinitas posibilidades.*

*Sana, Señor,
mi soledad interior,
y llénala con tu presencia amorosa.*

*Sana mi temperamento y mi carácter,
y ayúdame a tratar a todas las personas
con sencillez y mansedumbre.*

*Sana, Señor, los odios y rencores,
las envidias y los egoísmos
que carcomen mi corazón
y llenan mis pensamientos de negatividad.*

*Sáname, Señor, por dentro y por fuera.
Renueva mi ser entero
como solo tú sabes hacerlo.
Quiero comenzar de nuevo.
Quiero vivir de una manera nueva,
unida íntimamente a ti que eres la Vida misma.
Amén.*

4. EL PUBLICANO DE JERICÓ (Zaqueo)



Habiendo entrado Jesús en Jericó, atravesaba la ciudad.

Había allí un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Zaqueo trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura.

Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verlo, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: “Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa”.

Zaqueo se apresuró a bajar y lo recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: “Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”.

Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más”.

Jesús le dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”. (Lucas 19, 1-10)

Soy Zaqueo, el antiguo jefe de publicanos de la ciudad de Jericó, en el desierto de Judea, y he venido a contarles mi historia, porque quiero dar testimonio de lo que me sucedió un día cualquiera, y marcó mi vida para siempre.

Hacía mucho tiempo quería conocer a Jesús, el profeta de Nazaret. Había oído hablar de él a muchas personas, unas veces en contra y otras a favor, pero siempre con mucha pasión. Por eso deseaba verlo personalmente, para formarme mi propio concepto y no depender del juicio de los demás. Esa fue la razón por la que me alegré tanto cuando supe que venía a mi ciudad. ¡Qué mejor oportunidad para cumplir mi deseo!

Esa mañana me levanté más temprano que de costumbre, para realizar mis tareas rutinarias, de manera que tan pronto me avisaran que el Maestro estaba llegando a las puertas de la ciudad, pudiera salir a ubicarme en un lugar estratégico, que ya tenía localizado. Mi intención era verlo muy bien visto, y la

naturaleza me dio una pequeña estatura.

Hasta contraté un muchacho para que hiciera que Jesús y la multitud que seguramente estaría a su alrededor, siguieran la ruta prevista por mí, de modo que yo pudiera cumplir mi anhelo sin ningún tropiezo.

Las cosas resultaron mejor de lo que esperaba. Hice todo tal cual lo había planeado, y pude ver al Maestro tanto como quise. Pero lo que me sorprendió sobremanera, fue que no sólo yo vi a Jesús, sino que Jesús también me vio a mí. Él me vio primero, se detuvo ante mí, me llamó por mi nombre, y me pidió que lo hospedara en mi casa. Esto superó ampliamente todos mis cálculos y expectativas.

¡Nunca lo hubiera imaginado! Las circunstancias de mi vida no daban para eso. Es que yo era, nada más ni nada menos que un publicano, jefe de los cobradores de impuestos para Roma, y como tal, estaba acostumbrado a ser despreciado "por las personas de bien", por los judíos fieles, cumplidores de la Ley de Moisés, y en general, por los israelitas que consideraban a los romanos como enemigos del pueblo y querían liberarse de su opresión.

Mi oficio me condenaba a ser rechazado, a estar siempre al margen de todo lo que tuviera que ver con Dios, porque era considerado por las autoridades religiosas y por los creyentes fieles, como un traidor de mi pueblo y de mi fe judía. Y si quiero decir la verdad, tengo que reconocer que lo era, además de injusto, usurero, y mil cosas más.

Aunque evidentemente no lo tenía presupuestado, y ni siquiera me había pasado por la cabeza, este encuentro con Jesús, el gran profeta de Galilea, cambió mi vida radicalmente. Su deferencia para conmigo, a pesar de mi condición de pecador, me llegó al corazón y me hizo pensar seriamente en lo que estaba haciendo; cómo estaba viviendo, a quién, o mejor, a qué le había entregado mi corazón y todos mis esfuerzos y qué estaba sacrificando en su honor; contra quienes estaba obrando, las injusticias que estaba cometiendo con la gente sencilla, en fin.

Al detenerme a pensar, encontré muy fácilmente, que dentro de mí, en mi corazón, existía un gran vacío. Mi trabajo me permitía llenar los bolsillos de dinero, disfrutar de lujos y comodidades que el común de los israelitas no podía tener, ahorrar para asegurarme una vejez también cómoda, agasajar a mis amigos con fiestas y banquetes, pero en mi interior reinaba la más oscura soledad; una soledad que me daba miedo.

Ver a Jesús aquella mañana, escuchar sus palabras sencillas y profundas a la vez, sentir su especial deferencia para conmigo, empezó a darme otra perspectiva de la vida. Evidentemente, la vida es otra cosa muy distinta a trabajar y trabajar, para ganar y ganar dinero, acumular bienes, comprar objetos inútiles, conseguir amigos a quienes adular, comer y beber, gozar y divertirse; que era, en sentido estricto, lo que yo estaba haciendo con la mía.

Jesús me mostró con gran delicadeza y profunda

sensibilidad, que lo que somos y lo que hacemos tiene una trascendencia que muchas veces ignoramos o pretendemos ignorar, y que además, somos responsables de las otras personas, de tal manera que nuestra tarea más urgente es construir, junto a los demás hombres y mujeres de la tierra, un mundo en el que la justicia y la paz sean un propósito y una tarea constantes.

En Jesús y con él, me encontré a mí mismo y encontré a Dios, a quien tenía muy olvidado, en primer lugar por mi conducta personal, que hería mi conciencia sin que yo quisiera reconocerlo, tanto como mi conducta frente a los romanos hería a mi pueblo. Y en segundo lugar, por el sentimiento de ser rechazado, que experimentaba muy fuertemente en mi corazón y me causaba un gran dolor que yo pretendía desconocer, tratando de ocultarlo detrás de mis riquezas y posesiones.

Y también me encontré con las personas que trataba a diario, pero que sólo miraba desde la perspectiva de los negocios, como contribuyentes de Roma, y medios para mi enriquecimiento personal.

No fue fácil para mí este cambio de vida, esta conversión. Tuvo que pasar un buen tiempo. Pensé mucho. Busqué muchas más veces a Jesús para escucharlo, y cuando sabía de alguien que había ido a verlo, le pedía que me repitiera con puntos y comas todo lo que le había oído decir y todo lo que lo había visto hacer. Lucas escribió en su Evangelio un relato resumido de este acontecimiento de mi vida, para causar impacto y también por cuestiones prácticas.

No fue fácil ni rápida mi conversión. Me costó comprender muchas cosas, dejar atrás muchos hábitos de comportamiento; empezar a pensar de un modo totalmente distinto, bajarme del lugar donde estaba, y en el que, a pesar de todo, tenía ciertos privilegios y comodidades a los que no era fácil renunciar definitivamente; poner mis ojos sólo en Jesús, para aprender a pensar como él, a amar como él, a actuar como él. Pero sentí que Jesús mismo, con su bondad y su cariño, me iba dando la fortaleza espiritual que requería para lograrlo.

Y cumplí a cabalidad mis promesas; hice realidad las palabras que Lucas escribió en su relato: di la mitad de mis bienes a los pobres, y devolví a quienes había estafado, cuatro veces el monto robado. Además, busqué una forma nueva y justa de ganarme la vida, que me trajo una felicidad totalmente desconocida hasta entonces.

Actualmente llevo una vida tranquila y en paz, cada vez más desapegado de los bienes materiales, compartiendo lo que soy y lo que tengo, en sentido material y en sentido espiritual, con otras personas, en una pequeña comunidad de amigos y parientes que, por bondad de Dios, abrimos el corazón a la persona y a las enseñanzas de Jesús. Caminamos juntos para ayudarnos mutuamente, y para apoyarnos en los momentos difíciles, que nunca faltan ni faltarán.

Verdaderamente, Jesús, a quien reconocemos como el Hijo de Dios, el Mesías anunciado por los profetas de

Israel, es para nosotros, nuestro gran liberador. Nos sacó del estado de mediocridad y de pecado en el que permanecíamos, y desató las cadenas que nos esclavizaban y nos llevaban a la muerte.

Ahora somos libres en el cuerpo y en el alma, no estamos atados a nada, no dependemos de nada material, nuestra vida, la de cada uno, tiene una nueva perspectiva, una perspectiva de trascendencia y eternidad, que queremos, humildemente, que todos conozcan y adopten para sí mismos, porque permite vivir y gustar la vida plenamente, como es el deseo de Dios.

ORACIÓN PARA PEDIR LOS DONES DE LA CONVERSIÓN Y DEL PERDÓN

*Aquí estoy, Señor Jesús, delante de ti,
con mi presente y con mi pasado a cuestras;
con lo que he sido y con lo que soy ahora;
con todas mis capacidades y todas mis limitaciones;
con todas mis fortalezas y todas mis debilidades.
Te doy gracias por el amor con el que me has amado,
y por el amor con el que me amas ahora,
a pesar de mis fallas.*

*Sé bien, Jesús,
que por muy cerca que crea estar de ti,
por muy bueno que me juzgue a mí mismo,
tengo mucho que cambiar en mi vida,
mucho de qué convertirme,
para ser lo que tú quieres que yo sea,*

*lo que pensaste para mí
desde el principio de los tiempos,
cuando aún no había nacido a este mundo.*

*Ilumina, Señor, mi entendimiento y mi corazón,
con la luz de tu Verdad y de tu Amor,
para que yo, siguiendo tus enseñanzas,
me haga cada día más sensible
al mal que hay en mí,
y que se esconde en el fondo de mi alma
de mil maneras distintas,
para que no lo descubra.*

*Ilumíname, Señor,
para que me haga sensible a la injusticia
que me aleja de ti y de tu bondad
para con todos los hombres y mujeres del mundo.*

*Sensible a los odios y rencores
que me separan de aquellos
a quienes debería amar y servir con mayor dedicación.*

*Sensible a la mentira, a la hipocresía,
a la envidia, al orgullo,
a la idolatría, a la impureza, a la desconfianza,
para que pueda rechazarlos con todas mis fuerzas
y sacarlos de mi vida y de mi obrar.*

*Ilumina, Señor, mi entendimiento y mi corazón,
con la luz de tu Verdad y de tu Amor,
para que me haga cada día más sensible
a la bondad de tus palabras,
a la belleza y la profundidad de tu mensaje,*

a la generosidad de tu entrega por mi salvación.

*Ilumina, Señor, mi entendimiento y mi corazón,
para que sepa ver en cada instante de mi vida,
lo que tú quieres que yo piense,
lo que tú quieres que yo diga,
lo que tú quieres que yo haga;
el camino por donde tú quieres llevarme,
para que yo sea salvo.*

*Ilumina, Señor, mi entendimiento y mi corazón,
para que yo crea de verdad en el Evangelio,
la Buena Noticia de tu salvación,
y para que dejándome conducir por ti,
trabaje cada día con mayor decisión,
para hacerlo realidad activa y operante
en mi vida personal y en la vida del mundo*

*Ilumina, Señor, mi entendimiento y mi corazón,
para que me haga cada día más sencillo,
más sincero, más justo, más servicial,
más amable en mis palabras y en mis acciones.*

*Ilumina, Señor, mi entendimiento y mi corazón,
para que tú seas cada día con más fuerza,
el dueño de mis pensamientos,
de mis palabras y de mis actos;
para que todo en mi vida gire en torno a ti;
para que todo en mi vida sea reflejo de tu amor infinito,
de tu bondad infinita,
de tu misericordia y tu compasión.*

Perdona Señor, mi pasado.

*El mal que hice y el bien que dejé de hacer.
Y ayúdame a ser desde hoy una persona distinta,
una persona totalmente renovada por tu amor;
una persona cada día más comprometida contigo
y con tu Buena Noticia de amor y de salvación.*

*Dame, Señor, la gracia de la conversión
sincera y constante.
Dame, Señor, la gracia de mantenerme unido a ti
hasta el último instante de mi vida en el mundo,
para luego resucitar contigo a la Vida eterna.
Amén.*

5. UNA MADRE CONVINCENTE (La cananea)



Saliendo de allí Jesús se retiró hacia la región de Tiro y de Sidón. En esto, una mujer cananea, que había salido de aquel territorio, gritaba diciendo: “¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi hija está malamente endemoniada.” Pero él no le respondió palabra.

Sus discípulos, acercándose, le rogaban: “Concédeselo, que viene gritando detrás de nosotros.” Respondió él: “No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.”

Ella, no obstante, vino a postrarse a sus pies y le dijo: “¡Señor, socórreme!”. Él respondió: “No está bien tomar

el pan de los hijos y echárselo a los perritos.” “Sí, Señor - repuso ella -, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.”

Entonces Jesús le respondió: “Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas”.

Y desde aquel momento quedó curada su hija. (Mateo 15, 21-28)

Mi nombre no interesa. Mateo y Marcos me llaman simplemente "la mujer cananea", y ya estoy acostumbrada a que me digan así todos los que desde hace más de 2.000 años hablan de mí, y de lo que sucedió aquel día que fui a buscar a Jesús. Lo importante es precisamente esto: mi encuentro con Jesús y lo que sucedió en mi vida y en la de mi hija, a partir de entonces.

Mi hija, el tesoro más grande que entonces tenía, estaba enferma, muy enferma. Cada día veía cómo su cuerpo y su mente se iban desgastando, a causa del “demonio” que estaba en ella, y esto me ponía muy triste. No sabía qué más hacer, porque lo había intentado todo.

Los vecinos y familiares me aconsejaban una cosa y otra, y yo seguía sus instrucciones al pie de la letra para verla sana y en paz, pero nada surtía efecto. Al contrario. Con el transcurrir del tiempo los ataques se hacían más frecuentes, y cuando terminaban la dejaban en un grado de postración tal, que muchas veces creí que se me

moría de debilidad.

Cuando tuve noticias de Jesús, el Rabí de Galilea, y de las maravillosas curaciones que había realizado en Israel, no dudé en buscarlo para rogarle que me ayudara, devolviéndole la salud a mi hija. Después de escuchar lo que algunos me contaron, estaba segura de que él podría hacerlo perfectamente; mi hija era apenas una niña, y yo estaba dispuesta a poner toda mi fe en su poder extraordinario, que sin duda venía de Dios, porque sólo Dios tiene la capacidad de obrar milagros.

Y la Providencia estuvo conmigo. No tuve siquiera necesidad de viajar para encontrarlo. Jesús mismo salió a mi encuentro cuando decidió acercarse a estas tierras de Tiro y Sidón, al norte de su país. Nunca había venido por aquí y nunca regresó. Es como si hubiera estado esperando el momento para que yo fuera a buscarlo. Así lo veo yo, y así se lo cuento a la gente que me pregunta sobre aquel episodio maravilloso de mi vida.

Me costó un poco acercármele para estar cara a cara con él; primero por mi condición de mujer, y en segundo lugar, por mi condición de extranjera. Sin embargo lo logré, alcancé el favor que necesitaba, y mi vida entera y también la de mi hija, dieron un vuelco total al conocerlo. Evidentemente ya no somos las mismas que éramos en aquel tiempo, porque Jesús iluminó nuestros corazones y nuestras mentes, y nos cambió para siempre.

Como en aquel tiempo vivía en un pequeño poblado de la frontera de mi país con la región de Galilea en Israel, me quedó fácil salirle al paso cuando supe que estaba

cerca; sin embargo, como había tanta gente a su alrededor que quería verlo, hablarle, tocarlo..., no tuve otra opción que ponerme a gritar para llamar su atención.

Al principio me pareció que no me oía, de modo que lo seguí a él y a su cortejo, tratando de abrirme paso para alcanzarlo, pero la multitud era grande y todos luchábamos por conseguir lo mismo.

Cuando en un momento logré estar a unos dos metros de él, escuché cómo uno de sus amigos le dijo que me atendiera, porque no iba a dejar de molestarlos y perseguirlos si no lo hacía. Entonces Jesús se detuvo, esperó que acabara de llegar hasta él, y me dijo muy serio, mostrando que sabía para qué lo buscaba: "*¡No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de Israel!*".

Me sorprendieron un poco sus palabras, porque había oído decir que era una persona amable, pero las entendí perfectamente porque él era israelita, y para los israelitas lo primero es siempre su país y su gente. Sin embargo, no me acobardé. Algo en el corazón me decía que debía insistir, porque el bienestar de mi hija lo merecía todo. Y eso fue precisamente lo que hice.

Tras pasé la barrera de sus discípulos, que parecían custodiarlo, me acerqué más a su persona, y me puse de rodillas dispuesta a suplicarle. No tenía nada que perder y sí mucho que ganar; por eso le dije con toda la humildad de que fui capaz: "*¡Señor, ayúdame!*".

Lo vi vacilar un poco al mirarme, pero de nuevo escuché de sus labios, unas palabras duras para mí, pero muy

claras para él: *"No se debe echar a los perros el pan de los hijos..."*

¡No, no era una grosería! Eran palabras duras, pero nada más. Lo tenía muy claro: los judíos de aquel tiempo llamaban "perros" a los otros pueblos. Todos lo sabíamos perfectamente. Entonces, tomando su misma idea, le respondí con humildad: *"Es verdad, Señor, pero también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos"*.

No imaginé que esta respuesta mía fuera a tener tanto eco en el corazón amoroso de Jesús. Tan pronto como las pronuncié, su mirada cambió completamente. Es como si lo hubiera hecho pensar en algo que él no había tenido en cuenta y que aceptaba plenamente. Alargó su mano para ayudarme a ponerme de pie, me miró a los ojos con una mirada limpia y clara como nunca había visto y no volveré a ver, y con su voz dulce y profunda a la vez, me dijo: *"Mujer, ¡que grande es tu fe! Que se cumpla tu deseo!"*.

Después me bendijo, y me envió a casa para que atendiera a mi hija, que ya estaba curada definitivamente de su mal. Yo le agradecí como lo hacemos entre mi gente, y salí corriendo feliz, porque estaba segura de que era cierto lo que me había dicho. Al llegar encontré a la niña perfectamente bien de salud, como lo había deseado durante tanto tiempo.

Pero no fue solo el milagro de la salud de mi hija, lo que hizo Jesús aquella mañana por mí. A partir de aquel encuentro con él, todo en mi vida cambió. Empecé a

sentir que era una persona valiosa, alguien a quien Dios amaba a pesar de su condición de mujer y de extranjera, un hecho totalmente en contra de todas las costumbres de nuestros pueblos y de nuestro tiempo.

Cuando hablo de Dios, hablo de Yahvé, el Dios de Israel, el Padre de Jesús, en quien ahora creo, aunque no era esta mi religión original, y tampoco la religión de mi pueblo.

Por mi testimonio son cada vez más los sirio-fenicios que se convierten, y empiezan a amar y a seguir a Jesús, y esto me pone muy feliz, aunque no faltan, claro está, las persecuciones y los martirios, porque los seres humanos somos, en cuestiones religiosas y en cuestiones políticas, bastante intolerantes.

Jesús es mi vida. Nada ni nadie es para mí más importante que él. Nada me alegra más que haber podido conocerlo aquel día, haber creído en él y en su poder divino, y que mi súplica en favor de mi hija hubiera sido escuchada.

Jesús me devolvió la alegría. Jesús me dio la paz del corazón. Jesús me llevó a creer y me regaló la esperanza. Y no es que desde entonces se hubieran acabado mis problemas; es que con Jesús en la mente y en el corazón, todos los problemas y dificultades se pueden resolver o superar.

Él es la luz que ilumina nuestro caminar. La fuerza que nos anima. El gozo de sentirnos amados y de poder amar. Él es la vida de nuestra vida. Él es nuestra salud y

nuestra salvación. Lo sé perfectamente y lo experimento cada día. Por eso doy testimonio de ello siempre que puedo.

Crear en Jesús fue para mí, aquel lejano día, lo mejor que me pudo pasar, y lo mejor que le pudo pasar a mi hija, que no sólo goza de perfecta salud, sino que también vive con una profunda fe, que le ha permitido salir adelante en medio de las dificultades que todos experimentamos un día u otro.

TÚ, SEÑOR, ERES MI FORTALEZA

*Dios y Señor mío,
tú eres la luz que ilumina mi corazón y mi vida
en medio de la oscuridad
del momento en que me encuentro.
Tú eres la roca donde estoy arraigado;
la piedra que fortalece mi debilidad de hoy.
Tu presencia y tu amor me llenan de paz
y de esperanza.
Tú me libras del miedo y de la angustia,
del mal y de la muerte.*

*Por eso, Padre bueno,
yo quiero decirte hoy, que confío en ti.
Confío en tu bondad infinita.
Confío en tu ayuda y en tu protección.
Confío en tu Palabra que da la vida.
Confío en tu amor que me salva.*

*Por eso, Dios y Señor mío, me entrego a ti.
Me pongo en tus manos de Padre y Madre,
seguro de tu amor que me llena,
de tu Palabra que me muestra el camino.*

*Yo sé, Señor, que estando contigo,
nada puede hacerme daño definitivamente.
Yo sé, Señor, que estando contigo
todo lo que me suceda, malo o bueno,
será para mi bien.*

*Gracias, Señor, por permanecer a mi lado.
Por compartir conmigo los días de duda y de dolor,
las luchas que me enfrentan a mí mismo,
los miedos que no me dejan vivir en libertad,
la enfermedad que agobia mi cuerpo
y entristece mi alma.*

*Gracias, Señor, por fortalecer mi espíritu
que tantas veces sufre y se acobarda.*

*Gracias, Señor, por tu abrazo de Padre.
Por tu amor que me envuelve.
Por tu ternura que me llena de paz.
Por tu misericordia que me devuelve la alegría.*

*Gracias, Señor, por ser quien eres y como eres.
Gracias por tu benevolencia.
Gracias por tu generosidad.
Gracias por tu fuerza y tu poder amorosos y limpios.*

*Gracias, Padre, por Jesús, tu Hijo bien amado,
mi Dios y Salvador.*

*Gracias, Padre de amor.
Amén.*

6. EL JOVEN QUE BUSCABA LA VIDA ETERNA (El joven rico)



En esto se le acercó uno y le dijo: “Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?”

El le dijo: “¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”.

“¿Cuáles?” - le dice él. Y Jesús dijo: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Dícele el joven: “Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?”

Jesús le dijo: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme".

Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes". (Mateo 19, 16-22)

Me llamo Zabulón y soy israelita de raza y de religión, como lo ha sido toda mi familia, desde hace ya siglos, y quiero contar mi historia, para dar testimonio de la obra que Jesús realizó en mí, a pesar de mí mismo, como podrán darse cuenta.

Había oído hablar de Jesús muchas veces, y también muchas veces y en diversas circunstancias lo había escuchado personalmente. Tan pronto sabía que estaba cerca, dejaba lo que estaba haciendo, salía en su busca, y cuando lo encontraba, me unía a la multitud como uno más de sus "discípulos".

La gente lo aclamaba con insistencia llamándolo "maestro", porque Jesús hablaba con autoridad, sabía lo que decía y cómo lo decía, aunque, por lo que supe después, no había estudiado en ninguna escuela rabínica, como los demás maestros que yo conocía.

Sus palabras eran sabias, sin duda, y creaban en mí y en muchos de los que lo oíamos, una profunda inquietud. Decía cosas que llegaban muy hondo en el corazón; cosas que me gustaba escuchar, porque constituían una

verdadera novedad, en la maraña inmensa de tradiciones, leyes y principios de nuestra religión judía; y también cosas que nadie se había atrevido a decir; cosas que hacían pensar, que cuestionaban nuestro modo de ser y de vivir.

Además, Jesús era sencillo y cordial, y creaba a su alrededor un ambiente de confianza, de alegría y de paz, difícil de encontrar, en aquel tiempo y en todos los tiempos.

Jesús hablaba, yo lo escuchaba, y luego, al terminar, me iba a casa a continuar con la rutina de mi trabajo: la administración de mis bienes y los de mi familia, y las demás obligaciones familiares.

Sin embargo, y aunque yo hacía todo lo necesario para que mi vida continuara siendo igual, pasé muchas noches sin poder dormir, pensando en sus enseñanzas y confrontándolas con lo que había aprendido de mis padres, y de los maestros en la sinagoga, y con lo que yo mismo era, pensaba y hacía en ese momento.

Fue así como sucedió lo que cuentan los evangelios. Una mañana cualquiera, después de una larga noche de vela, dándole vueltas en mi cabeza a lo que le había escuchado el día anterior, me atreví a salir en su busca, para tener un diálogo directo con él. Cuando me lo encontré en el camino, me le planté delante, y sin mucho preámbulo, le pregunté: "*Maestro bueno, ¿qué he de hacer para conseguir vida eterna?*".

Su respuesta fue inmediata, y no puedo mentir: en un

primer momento me desilusionó un poco, porque era algo que mis padres me habían enseñado desde que era pequeño. Me dijo: *"Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos: no mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama tu prójimo como a ti mismo"*.

Pero cuando le respondí que esto ya lo hacía, me miró de una manera especial. Sus ojos claros y limpios penetraron hasta lo más profundo de mí, y sus labios pronunciaron unas palabras que nunca podré olvidar: *"Si quieres ser perfecto - me dijo -, vé, vende lo que tienes y dáselo a los pobres; luego, ven y sígueme"*.

La historia no terminó tan bien como ahora quisiera que hubiera terminado. Cuando escuché su propuesta, se me hizo un nudo en la garganta, y no pude pronunciar palabra. Lo único que se me ocurrió fue bajar la mirada, volverle la espalda y regresar a casa con prontitud, para no regresar nunca más a su lado.

Algunos meses después de este acontecimiento, que hoy recuerdo con un dolor inmenso, al volver de un largo viaje de negocios, supe que Jesús había sido acusado por las autoridades judías - los sumos sacerdotes y el sanedrín en pleno -, y condenado a muerte por Poncio Pilato, el gobernador romano. Y también, que la condena se había realizado sin novedad.

Pero mi sorpresa fue inmensa, cuando un discípulo y familiar suyo, Santiago, a quien me encontré en el gran Templo de Jerusalén, me dijo que Jesús había resucitado de entre los muertos, y que se les apareció

varias veces a muchos de sus seguidores.

Lo que más me asombra de Jesús, es, sin duda, su fidelidad infinita a lo que él llamaba, "la Voluntad del Padre". Fue precisamente esa fidelidad a Dios y a su proyecto, lo que lo llevó al extremo de dar la vida en silencio y con profunda humildad, en la cruz.

Me admira que, sabiendo que podía huir de Jerusalén y de Palestina, para salvarse de la crucifixión, no lo hubiera hecho, y también, que no hubiera utilizado su poder de hacer milagros que todos reconocían, para evitar la persecución injusta de sus enemigos y el horrible suplicio de la cruz.

Pero por sobre todas las cosas me impresiona la fe, la dignidad y la humildad con la que Jesús enfrentó su condena a muerte. Muchos de mis amigos, que estaban por aquellos días en la Ciudad Santa, me contaron que sufrió en silencio los malos tratos y las torturas a los que fue sometido, y que cuando estaba en la cruz, oraba con insistencia a Dios - a quien él llamaba Abbá, como si fuera un niño pequeño -, pidiéndole fortaleza en aquella hora terrible, y también el perdón para quienes lo estaban matando.

Pensar en todo esto me ha hecho recapacitar. Y aunque no puedo devolver el tiempo, para seguir a Jesús como él me invitó a hacerlo aquel día ya lejano, he decidido, unirme a quienes creen en él como el Hijo de Dios, su Mesías Salvador, y comenzar a vivir de una manera nueva, compartiendo mis bienes materiales con los pobres, y con toda la comunidad, para hacer realidad su

deseo más íntimo: que todos los que tenemos fe en su persona y en su palabra de salvación, vivamos en unidad y armonía, con sencillez y austeridad, ayudándonos y cuidándonos unos a otros.

Ya no quiero luchar más para ser simplemente una persona exitosa en los negocios, o para tener una vida lo más cómoda posible, como todos los de mi condición social y económica. Quiero renunciar a todo lo que he sido y a todo lo que tengo, para hacerme simplemente, un nuevo discípulo y seguidor de Jesús, al lado de quienes eran sus amigos más cercanos.

En el fondo de mi corazón siento que Jesús me sigue llamando para que me vaya con él, y en esta oportunidad no pienso defraudarlo por nada del mundo. Tengo obligaciones familiares que debo cumplir, pero creo que podré realizar ambas cosas con un buen resultado; él mismo me ayudará a hacerlo.

ORACIÓN DEL CORAZÓN

*Señor Jesús,
Maestro bueno,
dame un corazón nuevo.
Un corazón de carne como el tuyo.
Un corazón sensible y generoso,
que sepa conmoverse
con el dolor de todos los que sufren.*

Dame, Jesús, un corazón limpio.

*Un corazón sin dobles intenciones.
Un corazón sincero,
que busque la verdad por encima de todo.*

*Dame, Jesús, un corazón alegre,
que cante cada día tu amor y tu alabanza.
Un corazón de fuego que transmita
la belleza de conocerte y amarte.*

*Dame, Jesús, un corazón sencillo,
un corazón de niño que lo ve todo bello.
Dame, Jesús, un corazón eternamente agradecido,
porque se sabe amado por el tuyo.*

*Dame, Jesús, un corazón de joven.
Un corazón que vibre y que se arriesgue.
Un corazón que viva cada día,
como si fuera el primero y el último de todos.*

*Dame, Jesús, un corazón de pobre,
desasido de todo lo que no eres tú mismo.
Un corazón humilde y servicial,
que encuentre siempre en ti su luz y fortaleza.*

*Dame, Jesús, un corazón nuevo.
Un corazón que sepa que tú eres
el único Camino, la Verdad que fundamenta todo,
la Vida que palpita, el Amor y la Paz.*

*Dame, Jesús, Señor y Salvador mío,
un corazón de carne como el tuyo.
Un corazón de fuego.
Amén.*

7. AMIGA Y DISCÍPULA (María de Betania)



Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa.

Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume.

Dice Judas Iscariote: “¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?”...

Jesús dijo: “Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres tendrán siempre con ustedes; pero a mí no siempre me tendrán”. (Juan 12, 1-9)

Sí, me llamo María, y soy de Betania, un pueblo pequeño situado en una de las laderas del Monte de los Olivos. Mis hermanos son Lázaro y Marta, y vivo con ellos en una casa amplia que nos dejaron nuestros padres, en el camino de Jerusalén, la Ciudad Santa.

Nuestros vecinos nos reconocen como “los amigos de Jesús”, porque el Maestro venía a visitarnos con alguna frecuencia, cuando quería descansar un poco en su agitada vida de predicador itinerante.

Marta, como señora de la casa, era muy diligente y oportuna, y cuidaba cada detalle para que Jesús comiera bien, durmiera cómodo, y nadie lo molestara con impertinencias. Yo, en cambio, sentía en mi corazón que la mejor manera de acogerlo era sentarme a sus pies para escucharlo hablar a sus discípulos, y a quienes se acercaban a él.

Era un atrevimiento de mi parte, por mi condición de mujer, pero nunca lo evité, porque todo lo que Jesús decía era música para mis oídos. Jamás había escuchado a nadie, hablar como él.

Las palabras de Jesús eran sabias y profundas, exigentes y cuestionantes, pero también dulces y amorosas. Cuando uno lo oía con atención, sentía que Dios estaba muy cerca, y que su bondad lo iluminaba todo. Todavía recuerdo muchas de sus frases, y me las repito a mí misma una y otra vez. Me sirven para tenerlo presente en mi corazón, y también para revisar mi vida, y ajustar mis pensamientos, palabras y acciones, a sus

enseñanzas que nunca pasan de moda.

Pero no todas las personas pensaban y sentían por Jesús, lo mismo que sus discípulos, o que mis hermanos y yo. Muchos, al verse cuestionados por lo que decía o hacía, lo rechazaban y se enfrentaban a él, unas veces de manera abierta, como los fariseos, y otras, en secreto, confabulando en su contra, como las autoridades del Templo.

Todo se agudizó cuando murió mi hermano Lázaro, y Jesús realizó el milagro maravilloso y absolutamente sorpresivo para todos, de su resurrección. Lo cuenta muy bien el apóstol Juan, en su Evangelio.

Muchos de quienes fueron testigos de este suceso tan feliz para Marta y para mí, y que Jesús realizó para dar gloria a Dios, se unieron después para acusarlo ante los sumos sacerdotes, y la consecuencia terrible de todo, fue el prendimiento y la muerte injusta y cruel del Maestro.

Pero ahora no quiero hablar de cosas tristes y dolorosas. Quiero hablar de cosas hermosas y alegres como Jesús, a quien amo con todo mi corazón, y que ahora vive y reina con Dios Padre, por toda la eternidad.

Y es que Jesús es, definitivamente, lo mejor que me ha pasado en la vida; la persona más maravillosa que he conocido y conoceré; el hombre más bueno, más amoroso, más sabio y también más delicado de todos cuantos he tratado.

Y digo "el hombre", porque sé que Jesús es el ser humano perfecto, el hombre en plenitud; aunque también, por supuesto, es Dios; el Hijo encarnado de Dios, su Enviado, el Mesías prometido y anunciado por los profetas de Israel.

Y es que nunca hubo ni habrá un "hombre" como él; tan cercano a la gente, tan atento a las necesidades de todos, tan sencillo y fácil de tratar; tan sincero, tan digno, tan justo, tan claro en sus apreciaciones. Un "hombre" lleno de bondad, verdadero en sus palabras y en sus acciones, absolutamente motivador para todas las personas que lo oían con buena disposición.

Un "hombre" capaz de generar confianza en todas aquellas personas que por su situación social, son recelosas y actúan con prevención. Absolutamente coherente en sus acciones y palabras. Absolutamente fiel a Dios y también fiel a la humanidad entera, de quien se sentía parte integrante.

Por eso quise honrarlo de manera muy especial, en el gran banquete que Simón el leproso le ofreció, en su casa de Betania, seis días antes de la celebración de la Pascua, cuando Jesús pasó por allí, rumbo a Jerusalén.

Mis hermanos y yo también fuimos invitados. Lázaro estaba sentado a la mesa con Jesús, Marta, fiel a su costumbre, atendía a los comensales, y yo, deseosa de demostrarle mi amor, mi admiración y mi respeto, ungué su cabeza y sus pies con un perfume costoso, que guardaba, como un gran tesoro, para mi noche de bodas.

Algo muy dentro de mí me impulsó a hacerlo; era la única manera que tenía para decirle claramente y delante de todos, lo que significaba para mí, y el bien inmenso que me hacían su presencia y sus enseñanzas. El bien que nos hacía a todos verlo y escucharlo.

Algunos me criticaron duramente, por mi aparente "derroche"; según ellos, habría sido mejor que vendiera el perfume y diera su valor en ofrenda a los pobres. Sin embargo Jesús, que es realmente quien me interesa, me defendió, y hasta dijo que mi acción había sido profética.

No entendí las palabras de Jesús aquella noche, pero sí después, cuando fue hecho prisionero, juzgado y crucificado, y por ser la víspera de la Pascua, quienes estaban con él, tuvieron que sepultarlo rápidamente, sin dar tiempo a la unción ritual acostumbrada.

Todas las mujeres que habíamos sido sus discípulas, decidimos volver el domingo al sepulcro para realizar nuestra tarea pendiente con el Maestro, pero las que llegaron primero: María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, nos avisaron que el sepulcro estaba vacío, y que un ángel les había dicho que Jesús había resucitado. Algunos días después, Marta y yo pudimos constatarlo personalmente, y nuestra alegría fue inmensa.

Tengo que decirlo abiertamente, para que todos lo oigan. Jesús cambió mi vida completamente, desde el primer momento que tuve contacto con él. Me enseñó cosas maravillosas, en las que nunca había pensado. La más

importante de todas, sin duda, que Dios nos ama profundamente, y que la mejor manera de corresponder a ese amor de Padre, es amándonos unos a otros, incluyendo de una manera especial en este amor, a las personas que nos han hecho daño.

Esta enseñanza que Jesús mismo vivió hasta el último momento de su vida en el mundo, es la que da sentido pleno a mi vida hoy. Algunas veces me cuesta bastante realizarla, pero con su gracia he ido lográndolo.

Ha pasado un buen tiempo desde que Jesús murió y resucitó de entre los muertos, pero lo siento muy cerca de mí. Sigue siendo mi amigo entrañable. Nunca podré olvidarlo, ni desentenderme de sus enseñanzas. Es la luz que ilumina mi vida de hoy y de siempre, la esperanza que me anima a seguir adelante, el amor que da sabor a cada instante de mi vida

Cada día me encuentro con él en la oración y poco a poco su imagen se va formando en mí mente y en mi corazón, y transparentándose en mi ser y en mi obrar. De esta manera vivo dándole gloria, a él que es mi dueño y señor, al Padre que lo envió para que nos hiciera presente su amor, y al Espíritu Santo que es su presencia vida en el corazón de cada persona.

LLÉNAME DE TI, SEÑOR

*Lléname de Ti, Señor Jesús,
Hijo del Padre y Salvador de todos,
de tu Aliento de Vida,*

*de tu Palabra de Verdad,
de tu Luz que alumbrá las sombras del camino.*

*Lléname de Ti, Jesús,
Palabra eterna de un Dios siempre viviente,
de tu Bondad que inspira,
de tu Amor que enaltece,
de tu Gracia que salva de manera gratuita.*

*Lléname de Ti, Señor Jesús,
Dios humilde y servidor de los hombres,
de tu Perdón que sana y que libera,
de tu Misericordia que alienta y reconstruye,
de tu Santidad que todo lo embellece.*

*Lléname de Ti, Jesús,
hijo siempre amoroso de María,
para que yo pueda anunciarte,
con mi palabra simple y pobre,
a todos los que quieran escucharme.*

*Lléname de Ti, Señor Jesús,
Maestro de sabiduría y bondad,
para que sepa cantar tu Amor y tu Belleza,
en cada momento de mi vida
y en todas mis acciones.*

*Lléname de Tí, Jesús,
Amigo bueno de todos los que aman
todos los que buscan,
para que todos mis días con sus noches,
sean una alabanza a Ti,
en quien mi vida entera se funda y se sostiene.*

Amén.

8. UN PADRE QUE AMA Y CREER *(Jairo, el jefe de la sinagoga)*



Llega uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al ver a Jesús, cae a sus pies, y le suplica con insistencia diciendo: “Mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva”. Y Jesús se fue con él. Le seguía un gran gentío que lo oprimía... (...)

Mientras estaba hablando llegan de la casa del jefe de la sinagoga unos diciendo: “Tu hija ha muerto; ¿a qué molestar ya al Maestro?”. Jesús que oyó lo que habían dicho, dice al jefe de la sinagoga: “No temas; solamente ten fe”. Y no permitió que nadie los acompañara, a no ser Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

Llegan a la casa del jefe de la sinagoga y observa el alboroto, unos que lloraban y otros que daban grandes alaridos. Entra y les dice: “¿Por qué hacen alboroto y están llorando? La niña no ha muerto; está dormida”.

Ellos se burlaban de él.

Entonces, después de echar fuera a todos, toma consigo al padre de la niña, a la madre y a los suyos, y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice: “Talitá kum”, que quiere decir: “Muchacha, a ti te digo, levántate”.

La muchacha se levantó al instante y se puso a andar, pues tenía doce años. Quedaron fuera de sí, llenos de estupor.

El les insistió mucho en que nadie lo supiera; y les dijo que le dieran a ella de comer. (Marcos 5,22-24.35-43)

Sí. Me llamo Jairo, como dice el evangelista, y he venido aquí porque quiero dar mi testimonio sobre Jesús, y la obra maravillosa que él realizó en mí y en mi familia, a partir del inmenso favor que nos hizo.

Soy judío, y además, jefe de la sinagoga de mi pueblo, lo cual hace que mis palabras tengan un significado especial, por mi condición particular de representante de la religión oficial del Templo y de la Ley, entre mis vecinos y familiares.

Marcos relata los hechos con gran fidelidad, de modo que no tengo mucho más qué decir sobre ellos; todo sucedió tal y como él lo refiere. Lo que sí deseo es reflexionar un poco sobre lo que significó para mí y para mi familia, por supuesto, haber pedido ayuda a Jesús, en

un momento tan importante para nosotros, y por haberla recibido del Maestro con oportunidad y precisión.

Tengo que reconocerlo. Acudí a Jesús más por lo delicado de la situación de mi hija, que es la luz de mis ojos, y estaba gravemente enferma, que por creer en él, y en su condición de Mesías que algunos le atribuían.

Había oído hablar de sus milagros, incluso alguno de mis amigos había sido beneficiario de uno de ellos, según aseguraba, pero nunca había sido testigo presencial de ninguno, y todos los que me conocen saben bien que no me gusta aceptar las cosas así nada más, sino que siempre trato de comprobarlas por mí mismo.

Además, estaba bien prevenido contra él, por los fariseos y los doctores de la Ley, que lo habían declarado abiertamente, enemigo de nuestras leyes y tradiciones como pueblo de Dios.

Pero todos ustedes saben que un padre hace cualquier cosa por el bien de sus hijos, y yo estaba dispuesto a todo para salvar a mi niña de la muerte.

Las cosas se me facilitaron bastante, porque aquel día Jesús había llegado a las afueras de nuestro pueblo y tan pronto lo supe, salí en su busca. Era el único recurso que me quedaba, porque los médicos ya habían hecho todo lo que sabían y podían. "La peor diligencia es la que no se hace", pensé para mí.

Jesús me recibió con gran amabilidad, oyó mi petición con mucha atención, y sin vacilar se puso en camino

hacia mi casa, acompañado por sus discípulos, por algunas personas que también habían salido a encontrarlo para escuchar sus enseñanzas, y por otras que se nos fueron uniendo en el trayecto, movidas, muy seguramente, por la curiosidad que suscitaba en ellas lo que podía llegar a suceder.

Inmediatamente lo vi de cerca, quedé sorprendido de la inmensa bondad que reflejaba su rostro; de la sabiduría que comunicaban sus palabras sencillas pero llenas de sentido, de la profunda paz que se podía ver en sus ojos y también en sus gestos, y por supuesto, por la prontitud y diligencia con la que acogió mi necesidad.

Todo eso hizo, sin duda, que empezara a creer en él, con una fe incipiente, que él mismo se encargó de fortalecer y profundizar. Todavía resuenan en mis oídos sus palabras: *"No temas; solamente ten fe"*. Escucharlas fue para mí algo muy especial, que todavía hoy no sé expresar con claridad.

Jesús habló directamente a mi corazón y yo creí. Creí con todo mi alma. Creí con toda mi mente. Creí con todas mis fuerzas. Creí como nunca lo había hecho con nadie. Creí en él y en el amor y la bondad que se asomaban a sus ojos. Creí en su poder sanador. Creí y mi petición se hizo realidad.

Jesús, con su amor compasivo y su poder divino, logró, con un sencillo gesto y unas pocas palabras, devolverle la vida a mi niña, que ya había muerto, cuando llegamos a casa. Fueron testigos Pedro, Santiago y Juan, a quienes él mismo pidió que lo acompañaran hasta donde

la niña yacía, pálida y fría.

Su madre y yo no dejamos de dar gracias por el inmenso regalo que recibimos aquel día.

Todo sucedió por la fe. La fe que Jesús puso en mi corazón con su presencia, y que yo supe acoger por gracia de Dios. Una fe que ha ido creciendo en mí desde entonces, y que cada día es más grande y más fuerte, más viva y más alegre, más dinámica y decidida.

Mirando a Jesús, no me fue difícil creer. Por eso intento "no perderlo de vista", recordando cada día en mi mente y en mi corazón su figura apacible, sus gestos amorosos, y sus palabras sencillas y sabias a la vez.

Desde entonces, cada día oro pidiéndole con humildad, que me ayude para que mi fe no desfallezca por ninguna circunstancia de mi vida, porque soy plenamente consciente de que la fe es un regalo suyo, y como tal debo recibirlo, acogerlo, y conservarlo. Esta es mi petición constante, que ahora quiero compartir con todos ustedes.

PROFESIÓN DE FE

*Dios Padre de bondad y de amor,
Me pongo de rodillas delante de ti.
Te alabo y te bendigo como mi Dios y mi Todo.*

*Tú eres, Señor, el dueño de mis días y mis noches,
de mis alegrías y de mis tristezas,*

*de mis anhelos y de mis frustraciones,
de mis victorias y de mis fracasos,
de mis dolores y de mis sufrimientos...
Te doy gracias por el amor que sé que me tienes.
Te doy gracias por tu fidelidad.
Te doy gracias por tu verdad que ilumina mi vida
y la llena de sentido.*

*Creo en ti, Señor, y en tu bondad infinita.
Creo en ti y en tu amor de Padre y Madre a la vez.
Creo y quiero seguir creyendo a lo largo de mi vida
y hasta la eternidad.
Creo en ti.
Te amo a ti.
Espero en ti.*

*Ilumíname, Padre,
con la luz de tu amor y tu presencia.
Fortalece mi fe.
Fortalece mi esperanza.
Fortalece mi amor.*

*Haz que crezcan cada día.
Que se renueven cada día.
Que llenen mi ser y mi vida cada día.
Que le den sentido y valor a todo lo que soy,
a todo lo que digo,
a todo lo que hago,
a todo lo que tengo.*

*¡Creo, Señor, pero aumenta mi fe!
Mi fe y mi decisión de vivir siempre en tu amor.
Amén.*

9. SORPRENDIDA EN ADULTERIO (La mujer adúltera)



Jesús se fue al monte de los Olivos. Pero de madrugada se presentó otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles.

Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?”. Esto lo decían para tentarlos, para tener de qué acusarlo.

Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “Aquel de ustedes que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. E inclinándose de nuevo escribía en la tierra.

Ellos, al oír estas palabras se iban retirando uno tras otro... y se quedó solo Jesús con la mujer...

Incorporándose Jesús le dijo: “Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado?”. Ella respondió: “Nadie, Señor”.

Jesús le dijo: “Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más”. (Juan 8, 1-11)

Sí; es cierto. Conocí a Jesús la mañana en que unos escribas y fariseos irrumpieron en mi casa y me sacaron de ella a empujones.

Humillada y llena de miedo, caí a sus pies, en medio de las risas de todos los que estaban en aquel lugar del Templo. No levanté la cara para mirarlo porque tenía mucha vergüenza. Lo que decían mis acusadores era verdad.

Era infiel a mi marido, por circunstancias que no viene al caso explicar, y tenía plena conciencia de ello. Además, sabía perfectamente, que en el momento en el que fuera descubierta, eso era lo que iba a pasarme. Conozco la Ley de Moisés y a quienes la siguen al pie de la letra. La lapidación pública sería mi condena.

Lo extraño es que para mi amante las cosas no serían igual. A él lo disculparían de alguna manera, aunque no fuera lógico para nadie.

Pero no quiero distraerme con estas consideraciones. Lo realmente importante es lo que este encuentro con Jesús produjo en mí, y lo que sigue produciendo en mi corazón

y en mi vida, aunque ha pasado ya el tiempo. Aquella fue la primera vez que lo vi, pero su imagen quedó grabada en mi alma para siempre, y cada vez que recuerdo aquel acontecimiento, se hace más viva, más dicente, más comprometedora.

¡Cómo voy a olvidarlo, si él me salvó la vida, y dio pleno sentido a mi existir! ¡Cómo voy a olvidarlo si su amor sanó las heridas de mi alma para siempre!

Es por él, precisamente, que estoy aquí, dando mi testimonio, para que muchas personas se atrevan a levantar sus ojos a él, y le entreguen su corazón y su ser para siempre.

Como era de suponerse, los escribas y fariseos me estaban usando como motivo para confundirlo y luego acusarlo, porque ellos, como estrictos conocedores de la Ley judía, sabían perfectamente lo que debían hacer en un caso como el mío y no tenían que preguntarle a nadie para hacer lo que consideraban justo, y menos a Jesús con quien discutían permanentemente.

Pero necesitaban pruebas concretas para poder acusarlo y hacerlo desaparecer definitivamente del panorama, porque era para ellos una persona incómoda, y su manera de actuar ponía en tela de juicio sus constantes arbitrariedades.

Yo tenía mucho miedo. Ya lo dije. Pero en medio de ese miedo, había en mi corazón una luz de esperanza, que se fortaleció con el silencio de Jesús. Me pareció que su actitud mostraba claramente que no estaba de acuerdo

con ellos, y que no iba a condenarme por mi pecado.

Jesús no les respondió de inmediato, como esperaban. Los miró a cada uno y luego se agachó y se puso a escribir algo en el suelo. Ellos se impacientaron y volvieron a preguntarle, esta vez con palabras más agresivas, que mostraban sin duda sus verdaderas intenciones.

Cuando de repente escuché su voz, me atreví a levantar mis ojos para verlo, y me sorprendió la paz que irradiaba. No se había alterado lo más mínimo, aunque quienes estaban allí para acusarme, y los curiosos que nos habían seguido, lo acosaban cada vez con más vehemencia.

Hizo un ligero ademán para pedir silencio, y con voz clara y bien timbrada, dijo lo que nadie, incluyéndome a mí, esperaba oír de sus labios: *"El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra"*. Y volvió a su posición de antes: se inclinó y siguió escribiendo sobre la tierra.

El silencio se prolongó y también mi agonía. Seguía tirada en el suelo. Sabía que era culpable, y mi cuerpo se contraía esperando la primera pedrada, que marcaría para mí el principio del fin, pues las demás se sucederían sin descanso, hasta producirme la muerte. Con los ojos cerrados rogaba que todo ocurriera con rapidez.

Sorpresivamente, esta primera piedra no llegó; después de unos cuantos minutos que se me hicieron eternos, abrí los ojos, levanté la cabeza, y pude ver cómo, uno a

uno, todos los que antes me habían ofendido con sus reproches y malos tratos, abandonaban el lugar.

Un momento después, Jesús se levantó, se acercó a mí y extendió su mano para ayudarme a ponerme de pie; entonces, estando frente a él, me atreví a mirarlo; vi sus ojos limpios y serenos, que a su vez me miraban con compasión, y escuché su voz armoniosa y cálida que me decía: *"Nadie te ha condenado. Tampoco yo te condeno. Vete en paz, y no vuelvas a pecar"*.

Imposible describir lo que sentí. Lo que sigo sintiendo cuando pienso en aquel acontecimiento fundamental de mi vida. Jesús me reveló en un instante el daño que me estaba haciendo a mí misma con mi comportamiento; y no sólo eso, también me mostró con su dulce mirada, y con la bondad de sus palabras, que lo que yo pensaba no era cierto: no todo estaba definitivamente perdido para mí.

Nada está perdido definitivamente para quien es capaz de reconocer sus debilidades y sus pecados y asumílos como parte de su pasado, y se propone comenzar de nuevo. Eso fue, precisamente, lo que yo hice, gracias a las palabras de Jesús y a su amor salvador.

Nada está perdido definitivamente para nadie, porque el amor de Dios no se agota; el amor de Dios está ahí siempre para quien quiera recibirlo; el amor de Dios es siempre y para todos, un amor que acoge, que sana, que perdona, que reconstruye.

Han pasado ya varios años desde aquella mañana que

marcó mi vida para siempre. Jesús ya no está físicamente entre nosotros. Las autoridades del Templo lo acusaron ante los romanos y lo hicieron condenar a muerte; lo crucificaron fuera de Jerusalén, como si fuera un criminal de la peor especie, pero aunque muchos no pueden creerlo, después de haber sido sepultado, se apareció a sus discípulos más cercanos, y quienes creemos en él sabemos que Dios Padre lo resucitó de entre los muertos, y ahora reina en su gloria, porque fue siempre amoroso y bueno, y se mantuvo fiel a lo que Dios esperaba de él.

Después de haberme encontrado cara a cara con Jesús, mi vida cambió definitivamente. Él salvó no solo mi existencia física, sino todo mi ser. Era esclava de mis pasiones, y él me devolvió la libertad. Ahora soy mucho más consciente de lo que hago, en todos los aspectos de mi vida; mido las consecuencias de mis actos, y no obro por meros impulsos como antes.

Ahora sé que el pecado no es pecado porque una ley dice que lo sea, sino porque nos hace daño, porque ofende nuestra dignidad de hijos de Dios, porque deteriora o destruye nuestras relaciones con las demás personas; porque nos ata, nos esclaviza, nos disminuye, nos quita la libertad que Dios nos dio como un gran regalo que debemos ejercer y conservar.

Jesús podía haberme condenado y haberme tirado él mismo la primera piedra, porque él si estaba libre de toda clase de pecado; sin embargo no lo hizo, porque como Hijo de Dios, su mayor cualidad es su inmensa misericordia, su infinita compasión por cada uno de

nosotros. Yo doy pleno testimonio de esto porque lo viví en carne propia.

PETICIÓN DE PERDÓN

*Dios Padre de bondad,
que nos diste en Jesús, tu Hijo,
la muestra más grande de tu amor y de tu misericordia,
dame la gracia de reconocermec peccador delante de ti,
y de implorar humildemente
tu perdón que sana y regenera.*

*Perdona, Señor, todos y cada uno de mis pecados,
y de un modo muy especial mis pecados contra el amor
que procede de ti.*

*Perdona mis actitudes egoístas,
que me llevan a pensar primero en mí,
y en mis necesidades, mis deseos,
mis gustos y mis caprichos,
antes que en las personas
que tú mismo colocaste a mi lado,
para que las ame,
para que las apoye,
para que las ayude,
para que les sirva,
para que las guíe.*

*Perdona todos y cada uno
de mis pensamientos egoístas,*

*todas y cada una de mis palabras egoístas,
todas y cada una de mis acciones egoístas,
que hacen que cada día me aleje más y más
del modelo claro y vivo que es Jesús.*

*Perdona mis actitudes injustas,
mis pensamientos injustos,
mis palabras injustas,
mis acciones injustas.*

*Perdona mis actitudes de odio y de resentimiento;
mis pensamientos de odio,
mis palabras dichas con odio,
mis acciones que hacen presente
los rencores y resentimientos que llevo dentro.*

*Perdona todo lo que hay en mí,
que hace relación a insensibilidad,
a indiferencia,
a incomprensión,
a violencia,
a infidelidad,
a traición,
venga de donde venga y vaya adonde vaya.*

*Hazme, Señor, una persona nueva,
una persona totalmente regenerada
por tu amor y por tu perdón.
Una persona capaz de amar
con un amor sincero, fuerte, generoso;
un amor que nace del tuyo...
del amor que Tú sientes por mí,
del amor con el que Tú me amas y me perdonas.*

*Hazme, Señor, una persona capaz de amar,
de perdonar
y de servir,
a todos los que se crucen en mi camino,
a todos los que necesiten de mi amor,
de mi perdón,
y de mi servicio,
recordando siempre que el amor, el perdón,
la compasión,
el servicio y la misericordia,
son y serán el vínculo que me unirá siempre contigo,
porque tú eres no sólo un Dios que ama,
sino también y sobre todo el Dios que es Amor.
Amén.*

10. TUS PECADOS TE SON PERDONADOS (El parálítico descolgado)



Entró de nuevo, Jesús, en Cafarnaúm. Al poco tiempo había corrido la voz de que estaba en casa. Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio, y él les anunciaba la Palabra.

Y le vienen a traer a un parálítico llevado entre cuatro. Al no poder presentárselo a causa de la multitud, abrieron el techo encima de donde él estaba y, a través de la abertura que hicieron, descolgaron la camilla donde yacía el parálítico.

Viendo Jesús la fe de ellos, dice al parálítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados”.

Estaban allí sentados algunos escribas que pensaban en sus corazones: “¿Por qué éste habla así? Está

blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?”.

Pero, al instante, conociendo Jesús en su espíritu lo que ellos pensaban en su interior, les dice: “¿Por qué piensan así en sus corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate, toma tu camilla y anda?”. Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados - dice al paralítico -: “A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”. (Marcos 2, 1-11)

En primer lugar quiero dar las gracias a los amigos y parientes que conociendo el amor y el poder del Maestro Jesús, me sacaron de la casa casi contra mi voluntad, y me llevaron a su presencia para que fuera curado por él, de esa larga enfermedad que padecí durante buena parte de mi vida. Si no hubiera sido por ellos, no podría estar aquí dando mi testimonio. Antepusieron mi necesidad a las suyas, y no escatimaron esfuerzo alguno, con tal de verme sanado.

Sin duda ninguna, Marcos es un gran evangelista. Contó mi historia de manera resumida, pero muy clara y diciente para todos. Las cosas sucedieron tal y como él las narra en su versión del Evangelio, la Buena Noticia de Jesús, como él la llama.

El lugar donde se desarrollaron los acontecimientos que Marcos describe, era la casa de Pedro en Cafarnaúm,

una ciudad situada en una de las orillas del Mar de Galilea, llamado también Lago de Tiberíades.

Jesús ya había curado a la suegra de Simón, de la fiebre que padecía, y a muchas personas más, que se acercaban a él, unas por sus propios medios, otras, llevadas por sus parientes más cercanos. La gente estaba admirada de su poder y también de sus palabras, que reflejaban una grande y profunda sabiduría.

También yo vivía en Cafarnaúm, con mi familia. Hacía algunos años había sido atacado por una parálisis que poco a poco fue avanzando hasta quitarme la posibilidad de todo movimiento.

Como no podía moverme con normalidad, tampoco podía trabajar y ser productivo para mi esposa y mis hijos. Además, mi carácter se había agriado tanto, que quería permanecer encerrado y tenían que sacarme a la fuerza de la casa, para que recibiera un poco de sol y respirara aire puro.

Aquella mañana en que mis amigos y familiares me condujeron hasta donde estaba Jesús, yo había librado con ellos una verdadera batalla de agresiones verbales, para que me dejaran tranquilo en la oscuridad de mi dormitorio, y se fueran ellos a escuchar al Maestro que todos alababan con insistencia y admiración. No creía en milagros de ninguna clase, y no quería ser objeto de una farsa.

Ahora les agradezco infinitamente a todos, los que hicieron conmigo. Haberse opuesto a mis deseos fue el

mejor regalo que hayan podido darme. Si no hubiera sido así, no habría recuperado la salud de mi alma y de mi cuerpo, y no tendría lo que tengo hoy: una profunda fe en Jesús y en su infinito y delicado amor por todos nosotros, y un deseo inmenso de corresponderle amándolo también, y sobre todo, viviendo de una manera distinta, de una manera totalmente nueva, hasta el último momento de mi existencia en el mundo.

Cuando me vi frente a frente a Jesús, después de haber sido descolgado por el techo, la rabia que tenía con todos aquellos que me habían conducido a él en contra de mi voluntad, se desvaneció por completo. Su mirada limpia y sus palabras llenas de amor, comunicaron a mi corazón endurecido y rebelde, una gran paz; una paz que nunca antes había sentido.

Aunque el tema del pecado había sido una constante en la predicación de los profetas, a lo largo de la historia de Israel, y en aquel tiempo, del grupo de los doctores de la ley y del de los fariseos, yo no había pensado mucho en este tema y, por consiguiente, no había confrontado mi vida con él.

El pecado era algo que generalmente atribuía a otros, pero nunca a mi mismo; sin embargo, las palabras que Jesús pronunció dirigiéndose a mí: "*Hijo, tus pecados te son perdonados*", resonaron en mi mente y en mi corazón de una manera que nunca había imaginado, e inmediatamente fui consciente de la parálisis espiritual que padecía, que superaba, sin duda, de manera significativa, la parálisis de mi cuerpo, que era la que todos veían y la que yo lamentaba.

El impacto de esta situación fue tan grande para mí, que no supe responder nada. Estaba profundamente conmovido en mi interior, y permanecí en silencio; el mismo silencio que guardaban todos los que se encontraban presentes, y que con seguridad en la intimidad de su conciencia compartían mis pensamientos y mis sentimientos.

Después de unos instantes, Jesús volvió a hablar, esta vez dirigiéndose no a mí, sino a los fariseos que estaban allí para verlo y escucharlo, y que se mostraban profundamente inquietos por lo que habían oído, y lo criticaban en su interior.

En sus palabras, el Maestro relacionó la parálisis que yo padecía, con los pecados que había en mi corazón, y anunció muy claramente quién era y la tarea que le había sido encomendada: el anuncio del amor de Dios y del perdón de todos nuestros los pecados.

No sé si todos los presentes entendieron cabalmente lo que Jesús dijo entonces, o si algunos se consideraron ofendidos por él. Yo por mi parte, comprendí perfectamente lo que quería decirme a mí, y acepté su regalo. Interiormente me arrepentí del mal que había hecho a lo largo de mi vida, y obedecí a su mandato: me puse de pie, cogí la camilla en la que estaba postrado, y empecé a caminar de nuevo, como si nunca hubiera estado paralizado. Todos quedaron evidentemente sorprendidos.

A partir de aquel día intenté seguir a Jesús dondequiera

que iba, sin dejar de cumplir con mis obligaciones familiares. Escucharlo era para mí muy importante; aprender de sus palabras y de su ejemplo, algo imprescindible. Quería sentir cada vez con más fuerza, la libertad que Jesús me había regalado, al desatar mi alma del yugo del pecado, que me había llevado a la parálisis exterior e interior. De esto, precisamente, quiero ser testigo ante el mundo. Por eso he venido hoy aquí.

No cabe duda. Todos los hombres y mujeres del mundo, a excepción de María, la madre del Señor, pecamos; todos somos pecadores. Nos alejamos de Dios, desconocemos su amor y sus cuidados, su bondad y su ternura, “abandonamos su casa y nos vamos a vivir lejos, a un país extranjero”, como el hijo pródigo de la parábola de san Lucas (15, 11-31). Este abandono de Dios es precisamente lo que llamamos pecado.

Pero Dios es “terco”, y sigue amándonos; su amor por nosotros - por todos -, es tan grande, que sea lo que sea y pase lo que pase, él continúa derramando sobre nosotros su gracia y su bendición. Así ha sido desde el comienzo del mundo, y así seguirá siendo por los siglos de los siglos.

Porque el amor de Dios es un amor absolutamente gratuito. Un amor que no necesita razones, que no exige explicaciones, que no excluye a nadie, que se da con total generosidad.

Porque el amor de Dios es un amor paciente, un amor que sabe esperar, un amor que ama de manera personal; un amor que no se cansa nunca de perdonar.

Jesús es testigo de este amor que perdona; de este amor que sana; de este amor que comunica una nueva vida; de este amor que salva aquí y ahora y para la eternidad.

Jesús clavado en la cruz y levantado en ella sobre la tierra, es la muestra más clara, la expresión más sublime, de este amor infinito y misericordioso de Dios, por todos y cada uno de los hombres y mujeres del mundo, de todos los tiempos y todos los lugares.

Jesús clavado en la cruz y levantado sobre la tierra, es Dios amándonos, perdonándonos, sanándonos, reviviéndonos, salvándonos.

Jesús clavado en la cruz y levantado sobre la tierra, es Dios “transfigurado” por el amor; Dios “traspasado” por el amor.

Jesús clavado en la cruz y levantado sobre la tierra, es Dios amándonos con un amor profundo y generoso; un amor inigualable; un amor totalmente inusitado. El amor más grande del mundo.

Mis pecados fueron perdonados por Jesús, el Hijo de Dios, y lo mismo puede ocurrir con los tuyos, si tú lo buscas, si eres capaz de acogerlo con humildad y confianza, si sabes entregarte a él y comenzar una vida nueva siguiendo sus enseñanzas. No tengas ninguna duda.

El amor y el perdón de Jesús te darán esa felicidad que

buscas constantemente en multitud de cosas, sin conseguirla efectivamente. Te lo aseguro.

RENUEVA, SEÑOR JESÚS, NUESTRO SER Y NUESTRA VIDA

*Señor Jesús, Maestro de bondad,
que quieres que cada día
los seres humanos renovemos nuestra vida;
que nos hagamos hombres y mujeres nuevos,
hombres y mujeres renacidos del agua y del Espíritu;
danos la gracia de creer en ti,
la gracia de vivir en ti y para ti,
cada instante de nuestra vida en el mundo.*

*Renueva, Jesús, nuestra mente y nuestro corazón.
Renueva nuestros pensamientos
y nuestros sentimientos.
Renueva nuestra relación contigo.
Y renueva también
nuestras relaciones con todas las personas
que viven a nuestro lado.*

*Renueva nuestra fe y nuestra esperanza.
Renueva nuestro amor.
Renueva nuestra humildad.
Renueva nuestra paciencia en el dolor y el sufrimiento
que tantas veces nos agobian
y nos llevan a la desesperación.*

Renueva, Jesús, nuestra decisión libre y voluntaria

*de creer siempre en ti,
de amarte cada día más,
de caminar por tus caminos,
de hacer realidad tu mensaje de salvación.*

*Renuévanos, Jesús, con espíritu firme.
Como tú sabes hacerlo,
para que cada día seamos mejores.
Para que cada día creamos con más fuerza
y más decisión.
Para que cada día te amemos más
y más profundamente.
Para que cada día apreciemos mejor
la bondad infinita del amor de Dios
por cada uno de nosotros.*

*Renuévanos por dentro y por fuera.
No importa que ya estemos más cerca de morir
que de seguir viviendo en este mundo.
Renuévanos por dentro y por fuera.
En las intenciones y en las acciones,
en los pensamientos y en las palabras.*

*Renuévanos, Jesús,
por la fuerza de tu amor y tu bondad.
Por tu pasión y tu muerte.
Por tu gloriosa resurrección.
Por tu glorificación a la derecha del Padre
y tu presencia constante, misteriosa pero real,
en medio de nosotros.*

*Renuévanos.
Libéranos de las cadenas que nos atan.*



*Del pecado que nos paraliza.
Del egoísmo que no nos deja ser
verdaderos hijos de un Padre todo amoroso,
y hermanos entre nosotros.
Amén.*

11. UNA MUJER DE SU CASA (Marta de Betania)

Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa.

Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres.

Acercándose, pues, dijo: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me

ayude”.

Le respondió el Señor: “Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada”. (Lucas 10, 38- 42)

Me llamo Marta; Marta de Betania; y soy conocida por muchos como la hermana de María y de Lázaro, a quien Jesús resucitó cuando yo llevaba cuatro días de muerto.

Algunos me recuerdan también, por haber importunado a Jesús con una queja contra mi hermana, en una ocasión en la que el vino con sus discípulos a hospedarse en nuestra casa, como solía hacerlo con alguna frecuencia, porque era nuestro amigo.

Nunca me arrepentiré bastante de haberlo hecho, aunque a decir verdad, de aquella circunstancia vergonzosa para mí, saqué una gran enseñanza; una enseñanza que he procurado poner en práctica desde entonces, dando a cada persona y a cada circunstancia, la importancia que se merece.

El evangelista Lucas narra muy bien este episodio de mi vida, que marcó para mí, el comienzo de una nueva manera de ser y de actuar; el comienzo de una nueva manera de ver la vida y de vivirla; y también, por supuesto, una nueva manera de relacionarme con Dios.

Las mujeres israelitas, éramos en aquel tiempo, y

durante muchos años y siglos más, aquellas personas a quienes les correspondía atender con diligencia y precisión, las tareas de la casa: amasar la harina para hacer el pan, hacer de comer, asear la casa, lavar la ropa, traer el agua de la fuente, cuidar a los niños, y servir a su esposo, o a sus padres y hermanos, y por supuesto también, a los invitados de éstos.

Todo lo demás quedaba por fuera de nuestras competencias, incluyendo sentarnos a escuchar las conversaciones de los hombres, aún sin intervenir en ellas.

Tampoco nos estaba permitido hablar de religión, y menos aún, intentar profundizar en su conocimiento; “la religión es cosa de hombres”, se decía, porque los hombres son quienes tienen la capacidad para “entenderla”, aunque las leyes de esa “religión masculina”, se ocupaban bastante de nosotras, limitándonos en todo sentido.

Como todas las mujeres de mi raza y de mi pueblo, nací y crecí con esta mentalidad de persona marginada, y puse en el centro de mi corazón y de mi mente, las tareas domésticas, y trataba de realizarlas siempre con dinamismo y generosidad. Mi hermano Lázaro puede dar testimonio de ello.

Esta es, precisamente, la razón por la que aparezco en los evangelios, quejándome ante Jesús, de la actitud de María, mi hermana menor, a quien, como puede verse, le importaban mucho menos las costumbres de aquel tiempo, y con gran libertad de espíritu, cuando Jesús y

sus discípulos venían a nuestra casa, se sentaba a sus pies, horas enteras, para escuchar de viva voz sus enseñanzas maravillosas.

Ojalá yo hubiera visto tan claro como ella, y hubiera aprovechado mejor aquellas visitas del Maestro, oyéndolo hablar y viéndolo actuar, y no tener que depender, como me sucedió muchas veces, de lo que los demás quisieran y pudieran contarme.

Evidentemente, como me dijo Jesús en aquella ocasión que refiere Lucas, mi corazón y mi mente estaban dispersos en muchas cosas materiales, que me impedían ver y apreciar en su justo valor, aquello que estaba sucediendo tan cerca de mí.

Por estar atenta a lo que consideraba necesario, me olvidé de lo más importante, de lo absolutamente imprescindible, y Jesús pasó muy cerca de mí, sin que yo me detuviera un momento a mirarlo a la cara, para ver en él, el verdadero rostro de Dios.

Pero el Señor tuvo compasión de mí, y con sus palabras llenas de amor y de verdad, me ayudó a tomar conciencia de las cosas.

A partir de aquel dichoso día que yo llamo "de mi vergüenza", todo fue claro para mí, y cambié de actitud. Jesús siguió viniendo a nuestra casa, y cuando lo hacía, yo me levantaba un poco más temprano para adelantar los quehaceres más urgentes, de modo que cuando el Maestro se sentaba con sus discípulos, Lázaro, y todos los que se unían a ellos para escucharlo hablar de Dios y

de su reino de amor, de justicia, de libertad y de paz, yo podía sentarme con ellos, sin ninguna preocupación.

Todo esto hizo que mi admiración por Jesús creciera día tras día, y también, claro está, mi amor por él, y también, que nuestra amistad se hiciera cada día más profunda y verdadera.

Por eso tuve la confianza de enviarle un recado con la noticia de la enfermedad de Lázaro, segura de que comprendería mi dolor y el de María, y que vendría en nuestra ayuda. Pero eso se lo contará el mismo Lázaro, en el momento oportuno.

Lo que deseo que les quede claro a todos, es que mi vida antes de conocer a Jesús, y después de conocerlo, son completamente distintas, y que esa distinción se hizo más profunda desde el mismo momento en el que supe darle en mi corazón y en mi mente, el lugar que le correspondía.

Pasé de ser una simple ama de casa, diligente y atenta, una mujer judía respetuosa de las costumbres de su pueblo, a ser una mujer capaz de superar la marginación y elevar su espíritu; una mujer esencialmente libre, una verdadera creyente, una auténtica discípula del mejor de los Maestros: Jesús de Nazaret, en las circunstancias propias de su vida.

María, mi hermana, me dio el ejemplo, y Jesús, mi Señor y mi Dios, me regaló la fuerza que necesitaba para sacudirme el yugo que me oprimía, y seguir con decisión el camino que mi corazón me señalaba y que yo no

atinaba a emprender, atada como estaba a las normas y costumbres de la sociedad en la que he vivido.

Jesús ya no está entre nosotros, como en aquel tiempo. Ya no podemos verlo con los ojos del cuerpo, ni escuchar sus palabras de viva voz. Pero es parte de nuestra historia y sigue compartiendo con nosotros nuestra vida, en su nueva condición de Hijo de Dios, resucitado y glorificado por su Padre.

Jesús vive en nuestro corazón y allí, dentro de nosotros mismos, nos está esperando; lo sé; lo siento. Por eso, cada mañana, al despertar, lo primero que hago es ponerme en contacto con él, tomando conciencia de su presencia en mí, y le ofrezco todos mis quehaceres como ama de casa, y las buenas obras que pueda hacer en favor de quien necesite mi ayuda; después, cuando termino mis tareas, al anochecer, dedico un rato largo a hablar con él, en la intimidad de mi corazón, recordando sus enseñanzas y su ejemplo.

De esta manera voy construyendo en mí, poco a poco, su imagen, y renovando su presencia en mi pequeño mundo, entre mis familiares, mis amigos y mis vecinos.

Jesús es y será, el amor de mi vida, mi maestro y mi modelo, mi guía y mi compañero de camino. La luz de su Palabra ilumina mis oscuridades; su Agua de vida me reconforta en los momentos difíciles; su Verdad me libera de toda esclavitud. Con él, por él y en él, soy plenamente feliz, con una felicidad que nada ni nadie me podrá quitar nunca.

María, mi hermana, es testigo de todo esto que les he contado.

ORACIÓN A JESÚS AMIGO

*Jesús, Tú eres la luz de mi vida.
Tú me llenas de paz y de esperanza.
Tú pones el amor en mi corazón.
Tú me libras del mal y del pecado.*

*Por eso, Jesús, yo confío en Ti.
En tu bondad,
en tu protección,
en tu ayuda.
Por eso, Jesús, yo me entrego a ti.*

*Yo sé, Jesús, que estando contigo,
nada puede dañarme.
Yo sé, Jesús, que estando contigo
todo lo que me suceda será para mi bien.*

*Gracias, Jesús, por ser mi Dios,
por permanecer a mi lado.
Por compartir conmigo los días de duda y de dolor.
Por detener el mal que me acosa.
Por fortalecer mi espíritu que sufre y se acobarda.*

*Gracias, Jesús, por tu abrazo de amigo.
Por tu amor que me envuelve.
Por tu ternura que me llena de paz.
Por tu misericordia que me devuelve la alegría.*

*Gracias, Jesús, por ser quien eres y como eres.
Gracias por tu benevolencia.
Gracias por tu generosidad.
Gracias por tu amistad.
Amén.*

12. DE LA MUERTE A LA VIDA (Lázaro de Betania)



Había un cierto enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo.

Las hermanas enviaron a decir a Jesús: “Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo”. Al oírlo Jesús, dijo: “Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que Lázaro estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba. Al cabo de ellos, dice a sus discípulos: “Volvamos de nuevo a Judea”. Le dicen los discípulos: “Rabbí, con que hace

poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?” Jesús respondió: “... Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarlo... Ha muerto, y me alegro por ustedes de no haber estado allí, para que crean”...

Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa. Dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá”. Le dice Jesús: “Tu hermano resucitará”. Le respondió Marta: “Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día”. Jesús le respondió: “Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?» Le dice ella: “Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo”.

Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: “El Maestro está ahí y te llama”. Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente, y se fue donde él.

Jesús todavía no había llegado al pueblo, sino que seguía en el lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con María en casa consolándola, al ver que se levantaba rápidamente y salía, la siguieron pensando que iba al sepulcro para llorar allí.

Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verlo, cayó a sus pies y le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”.

Viéndola llorar Jesús, y que también lloraban los judíos

que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: “¿Dónde lo han puesto?” Le responden: “Señor, ven y lo verás”. Jesús se echó a llorar. Los judíos entonces decían: “Miren cómo lo quería”...

El sepulcro era una cueva, y tenía puesta encima una piedra. Dice Jesús: “Quiten la piedra”. Le responde Marta, la hermana del muerto: “Señor, ya huele; es el cuarto día”. Le dice Jesús: “¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?”.

Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que Tú me has enviado”.

Dicho esto, gritó con fuerte voz: “¡Lázaro, sal fuera!”. Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dice: “Desátenlo y déjenlo andar”.

Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él. (Juan 11, 1-45)

Bueno... Después de haber escuchado el testimonio de mis hermanas, Marta y María, quiero que escuchen el mío, porque mi experiencia de encuentro con Jesús fue muy especial; nadie puede negarlo.

Como mis dos hermanas, amaba y amo a Jesús, por encima de todo, y siento en mi corazón que él también me ama a mí con un amor personal y único. Esto lo puede decir de sí mismo, cada hombre y cada mujer sobre la tierra; sólo tiene que detenerse un momento a reflexionar sobre su vida y sus circunstancias; Dios mismo lo iluminará para que lo descubra.

El primer día que lo ví, iba con sus discípulos más cercanos, camino de Jerusalén, para celebrar allí, con ellos, la gran fiesta de la Pascua. Su presencia me impactó desde el primer momento, y por eso me uní a su grupo; quería escuchar lo que decía, porque me pareció que “enseñaba con autoridad” (Mateo 7, 29 y paralelos) y todo lo que decía tenía sentido y profundidad.

Cuando llegamos, y antes de separarme de ellos, lo invité para que al regreso se acercara a mi casa en Betania, donde mis hermanas lo acogerían con gran cariño, y donde podría descansar un poco de su trajín de mestro itinerante. Y así sucedió.

Poco a poco, la relación con Jesús se transformó en amistad, y con el paso de los días, ésta se hizo cada vez más fuerte y más profunda; entonces, ya no era sólo él quien venía a nuestra casa, sino que mis hermanas y yo, cuando teníamos una oportunidad, lo buscábamos donde estuviera, y pasábamos algunos días con él y sus discípulos, escuchando sus enseñanzas maravillosas, y siendo testigos de primer orden de los milagros que realizaba.

Hasta que un día me tocó precisamente a mí, ser

protagonista de uno de esos milagros, aunque yo diría, sin temor a equivocarme, que el mío fue su milagro más grande, y también el más cuestionado por los que lo rechazaban y discutían con él.

Por este milagro, muchos creyeron que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, su Enviado, pero también por él, las autoridades judías se confabularon para llevarlo a la muerte, con la disculpa de que con sus palabras y sus acciones podía desatar un enfrentamiento con los romanos, algo que obviamente no convenía al pueblo judío, y mucho menos a ellos.

Jesús me rescató de la muerte y me devolvió a la vida, cuando ya hacía cuatro días que había sido sepultado, es decir, cuando ya se sabía a ciencia cierta que estaba bien muerto, y la descomposición de mi cuerpo físico tenía que ser un hecho.

A partir de ese momento comenzó para mí una nueva etapa en mi existir, que ya no pude vivir sino con él y para él.

Quiero proclamarlo públicamente. Jesús es, como él mismo dijo, la resurrección y la vida (Juan 11, 25), pero no sólo la vida de este mundo que por su misma naturaleza tiene un límite en el tiempo, sino la Vida con mayúscula, que es la Vida de Dios, la Vida que Dios tiene y es, como Creador y Señor del universo y del hombre; la Vida que Dios nos comunica cuando empezamos a crecer en el vientre de nuestra madre.

En Jesús está y de él emana todo lo que Dios quiere

decirnos de sí mismo; por eso afirmamos con san Juan, que es la Palabra de Dios encarnada, el Verbo de Dios que se hizo carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, y habitó entre nosotros (Juan 1, 1 ss).

Jesús es el Camino, la Verdad, y la Vida, y nadie puede llegar a Dios sino a través de él (Juan 14,6).

Jesús es la Luz que nos ilumina, la Luz que nos protege de las tinieblas del pecado (Juan 8, 12).

Jesús es el Pan vivo bajado del cielo, el pan que alimenta la vida de Dios en nosotros, el pan que nos fortalece y anima para seguir adelante cada día (Juan 6, 51).

Jesús el vino bueno que alegra nuestra vida y nos llena de entusiasmo (Juan 2, 1 ss).

Jesús es el agua viva que calma la sed de infinito que todos llevamos dentro (Juan 4, 14).

Jesús es el Buen Pastor que nos protege del mal, nos cuida con ternura, y es capaz de dar la vida, su vida, por todos y cada uno de nosotros (Juan 10, 11).

Jesús es el hermano que todos deseamos, el amigo que todos necesitamos, el compañero de camino que nos guía y acompaña con cariño, en todo momento y lugar, el maestro que nos enseña.

En Jesús y con Jesús, lo tenemos todo; sin él no tenemos nada, no podemos nada.

Finalmente, Jesús fue acusado por las autoridades de nuestro pueblo, y condenado por Poncio Pilato a la pena capital: la muerte de cruz. Los romanos lo ejecutaron como si fuera un criminal de la peor especie, pero Dios Padre, su "Abbá", como él le decía en su oración cotidiana, lo resucitó de entre los muertos, y lo glorificó a su derecha. De esta manera confirmó todo lo que Jesús había hecho y dicho mientras estaba en el mundo.

Cuando Jesús murió, sus amigos y discípulos experimentamos un gran desconcierto y una profunda soledad, pero él mismo vino en nuestro socorro, y nos manifestó en varias oportunidades y de diversas maneras, su presencia viva y real a nuestro lado. Y en Pentecostes, la gran celebración de las cosechas, cumplió la promesa de enviarnos su Espíritu, que desde entonces guía y acompaña a su Iglesia.

Como Pedro, Juan, y los demás apóstoles, yo me convertí en testigo suyo y de su buena noticia de salvación, y lo seré hasta el final de mis días en la tierra; la experiencia de encuentro que tuve con él me impide quedarme callado, tengo que proclamar con mi voz y con mi vida, lo que él significo, significa y significará para mí y para el mundo entero.

Tengo que participar a otros, los más que me sea posible, mi fe en él. Esa es la mayor riqueza que poseo y la quiero compartir con todos los hombres y mujeres que quieran escucharme.

ORACIÓN DEL TESTIGO

*Te necesito, Señor, para poder vivir.
Para poder amar.
Para poder creer y poder esperar.*

*Te necesito, Señor,
para llegar a ser
lo que un día pensaste que yo fuera.
Para emprender el camino
que tú mismo trazaste para mí.
Para seguir alegre las huellas que dejaste.
Para avanzar sin miedo donde tú quieres ir.*

*Te necesito, Señor,
para poder seguir, anunciando tu Nombre.
Para llevar tu luz dondequiera que vaya.
Para comunicar tu amor a quien lo necesita.
Para contar a todos,
que Tú eres nuestra gran esperanza.*

*Te necesito, Señor, porque tú eres mi fuerza.
Tú eres mi cayado.
Tú destruyes mis miedos y me das la confianza.
Tú eres mi Camino y sin ti nada soy.*

*Te necesito, Señor.
Ilumina mi mente.
Fortalece mi alma.
Guía todos mis pasos.
Bendice mis palabras.
Llévame de tu mano.
Condúceme al lugar que tú quieres*

*para ser tu testigo,
y anunciar que estás vivo,
y tu Vida es promesa de un mañana feliz.
Amén.*

13. DOCE AÑOS ENFERMA Y EXCLUIDA (La hemorroísa)



Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor, habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. Pues decía: “Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré”.

Inmediatamente se le secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal.

Al instante, Jesús, dándose cuenta de la fuerza que había salido de él, se volvió entre la gente y decía: “¿Quién me ha tocado los vestidos?” Sus discípulos le

contestaron: “Estás viendo que la gente te oprime y preguntas: “¿Quién me ha tocado?””

Pero él miraba a su alrededor para descubrir a la que lo había hecho.

Entonces, la mujer, viendo lo que le había sucedido, se acercó atemorizada y temblorosa, se postró ante él y le contó toda la verdad. El le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad”.” (Marcos 5, 25-34)

Había oído hablar de Jesús hacía algún tiempo, pero no me atrevía a acercarme a él. Mi enfermedad – un flujo constante de sangre - me lo impedía, porque según la ley de Moisés yo era una mujer permanentemente impura, y por lo tanto tenía que apartarme de todas las personas para no contaminarlas con mi impureza.

Jesús estaba siempre rodeado de gente, y yo no quería que alguien se diera cuenta de mi presencia y luego hiciera un escándalo por mi condición.

Sin embargo era tal mi desesperación y mi debilidad, que aquella mañana no pensé en nada, hice los oficios de la casa lo más rápido que pude, me envolví en un manto para que nadie me reconociera, y corrí para unirme a la multitud que lo estaba escuchando.

Mi idea era acercarme a él muy sigilosamente, para tocar aunque fuera sólo los flecos de su manto. Había oído

tantas cosas maravillosas sobre su poder de curar a los enfermos que le llevaban, que estaba convencida de que con sólo hacer esto, recuperaría la salud, y así podría reintegrarme a la sociedad, como una mujer cualquiera.

Estaba tan preparada interiormente, que no me fue difícil realizar mi propósito. Me ayudó un poco que cuando llegué donde estaba, Jesús había dejado de enseñar a la multitud, y se dirigía con sus discípulos, a la casa del señor Jairo, un oficial de la sinagoga que había ido a buscarlo porque su hijita estaba gravemente enferma.

Muchas de las personas que lo había estado oyendo iban con él y sus discípulos, y yo también lo hice sin que nadie reparara en mí. Más adelante, en un momento en el que logré situarme bien cerca del Maestro, realicé lo que había pensado, e inmediatamente, me sentí curada de mi enfermedad.

Jesús no me vio. Estoy completamente segura de ello, porque yo estaba detrás de él, y además, me había agachado un poco. Sin embargo, tan pronto rocé su vestido con mi mano, se detuvo, y con su voz fuerte y clara, preguntó: *¿Quién me tocó?...*

No respondí inmediatamente, como era lo debido, primero porque me asusté muchísimo, y en segundo lugar, porque los discípulos empezaron a reírse de su aparente ingenuidad, pues había tanta gente, que era más bien imposible que alguien no lo rozara.

Sin hacer caso a los discípulos, Jesús pasó su mirada sobre todas y cada una de las personas que estaban allí,

hasta que sus ojos encontraron los míos. Entonces corrí a postrarme a sus pies, humildemente, y le conté mi historia. Y él con una dulzura que no he visto nunca en nadie más, me tomó de las manos, me ayudó a levantarme, y me dijo las palabras ms hermosas que he escuchado en mi vida, dirigidas a mí: *“Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz, y queda sana de tu enfermedad”*.

El deseo se me hizo realidad. Desde aquel día no he vuelto a sentir nada que me recuerde aquella enfermedad que me atacó durante doce largos años. Pero lo mejor, lo más grande para mí, ha sido, sin duda, el encuentro maravilloso que tuve con Jesús, mi Señor y mi Dios.

Su voz y sus palabras quedaron gravadas en mi corazón para siempre, lo mismo que el amor que me comunicó en su mirada, y su gesto delicado al levantarme. Aunque no me hubiera curado, habría valido la pena haber corrido el riesgo de ir en su busca.

Desde aquel día seguí a Jesús a todas partes. Hacía cualquier cosa para estar cerca de él, oír sus enseñanzas, ver cómo se relacionaba con los niños a quienes amaba de una manera especial, y también ser testigo de los numerosos milagros que realizó en favor de los enfermos que buscaban en él su salud. Sólo verlo, aunque fuera de lejos, traía una gran paz a mi corazón.

Lo escuchaba en silencio y luego en casa, pensaba mucho en lo que había oído y en lo que había visto, y así, casi sin darme cuenta, fui cambiando mi manera de relacionarme con las personas y también mi manera de

ver y de sentir a Dios. Desde pequeña, y por circunstancias que no viene al caso explicar, le había temido, pero Jesús me enseñó a acercarme a Él con mucha confianza, y a orar como si yo fuera una niña pequeña, y Él, Dios, fuera mi Padre, mi Abbá.

No sé cómo hubo personas que se confabularon contra él y lo llevaron a la muerte. Tenían que estar ciegos para no ver lo que yo ví, y sordos para no oír lo que yo oí, y también, por supuesto, ser tontos para no entender que quien hace el bien a los demás es porque es bueno, y que quien habla de Dios como él hablaba, es porque de Dios procede.

Cuando Jesús murió en la cruz, mi dolor fue infinito. Pero tres días después, la alegría invadió todo mi ser, cuando escuché decir a Pedro, uno de sus amigos más cercanos, que Dios lo había resucitado, y que él y otros más lo habían podido ver y tocar, y escuchar nuevamente sus palabras llenas de sentido para quienes tenemos fe.

Ahora no dejo de pensar en él, ni un solo día, y cuando hablo con alguna persona cercana, siempre busco la manera de mencionarlo y de repetir alguna de las enseñanzas que escuché de sus labios. Me siento profundamente unida a él, y en lo más hondo de mi corazón reconozco que Jesús, dio pleno sentido a mi vida.

Hoy, desde aquí, quiero decirle a todas las personas que leen estas líneas, que nunca pierdan la esperanza, y que cuando estén viviendo situaciones difíciles, busquen

siempre a Jesús, porque él es el único que puede darles la fuerza que necesitan para superar sus problemas y seguir adelante, como hizo conmigo, no sólo en el plano material y físico, sino también y sobre todo, en el espiritual.

Que el Señor Jesús llene la vida de todos ustedes, como llenó la mía desde que me acerqué a él la primera vez.

ENSÉÑAME, SEÑOR, A ORAR

*Señor Jesús, Maestro de oración,
enséñame a orar como tú orabas al Padre,
cuando vivías en el mundo.*

*Enséñame a orar con una oración profunda e íntima,
que salga del fondo de mi corazón y de mi vida.*

*Enséñame a orar con una oración humilde,
en la que me reconozca como lo que soy,
una criatura débil y limitada
que necesita de Dios infinitamente
para realizar el bien y vivir en él.*

*Enséñame a orar con una oración fervorosa y confiada,
que me conduzca a esperarlo todo de Dios
y de su amor maravilloso
por cada hombre y cada mujer de nuestro mundo.*

*Enséñame a orar con una oración sencilla,
a la que no le sobren las palabras,*

y no le falten ni la fe ni el amor.

*Enséñame a orar con una oración generosa
y abierta a las necesidades del mundo
y de los hombres.*

*Enséñame, Jesús, a orar como tú oraste al Padre,
la dolorosa noche de Getsemaní,
en medio del sufrimiento y a pesar de él.*

*Enséñame, Jesús, a orar como tú oraste al Padre,
levantado en la cruz en el Calvario,
aunque veías con tus ojos y sentías en tu corazón
que el cielo se había cerrado para ti.*

*Que no me canse de orar, Jesús...
Que no me canse de orar aunque me sienta solo.
Que no me canse de orar aunque el miedo me acose.
Que no me canse de orar
aunque me parezca que Dios no me escucha.
Porque tú, Jesús, me enseñaste
que la oración es fuerza,
que la oración es vida,
que la oración es esperanza,
que la oración es amor que salva y resucita.
Amén.*

14. LA DUDA QUE FORTALECE LA FE (Tomás, el discípulo)



Vayamos también nosotros a morir con él. (Juan 11, 16).

Le dice Tomás: “Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?”. Le responde Jesús: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Juan 14, 5-6).

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”.

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: “La paz sea con ustedes”. Luego dice a Tomás: “Acercas aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente”. Tomás le contestó: “Señor mío y Dios mío”. Le dice Jesús: “Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído”. (Juan 20, 24-29)

Sí, mi nombre es Tomás, o Dídimo, como me dicen algunos, y significa “mellizo”, porque esta fue mi condición al nacer.

Pertenezco al grupo de los doce discípulos que Jesús escogió para que fuéramos sus amigos más cercanos, y vengo a dar testimonio de lo que significó para mí haber conocido al Maestro, haber vivido a su lado escuchándolo hablar y viéndolo actuar, y luego, haber sido elegido por él mismo para anunciar la Buena Noticia que vino a traernos de parte de Dios, más allá de Israel.

Estuve con Jesús sólo dos años y medio, pero sin lugar a dudas, esta fue la etapa de mi vida más intensa y también la más fructífera, porque dio sentido pleno a mi pasado, y una orientación clara y definida a mi futuro.

El evangelista Juan me confiere una importancia que no busqué; me menciona tres veces en su Evangelio, pero no por lo que yo mismo haya hecho, que sin duda no fue

mucho, sino siempre con relación al Señor, quien es el único y verdadero protagonista de la historia.

La primera mención está relacionada con un acontecimiento clave en la vida del Señor: la resurrección de su amigo Lázaro de Betania. Era un momento difícil; Jesús tenía ya muchos enemigos en Jerusalén, y Betania queda muy cerca de la Ciudad Santa; todos nos oponíamos y con razón, a que el Maestro fuera a visitarlo, por el peligro que significaba llegar tan cerca de sus contradictores.

Sin embargo Jesús insistía en ir, sin tener en cuenta nuestros consejos; entonces, yo, sabiendo que ya era una decisión tomada, y que el Maestro no cedería en su empeño de acompañar a sus amigos en este momento de dolor, invité a los demás a que lo siguiéramos, de tal manera que si hubiera de morir, muriéramos también nosotros con él.

Fue algo que me nació del alma. Jesús significaba tanto en nuestras vidas; en las vidas de todos y particularmente en la mía, que bien valía la pena enfrentar todos los peligros con él y por él. Lástima que unos pocos meses más tarde se nos olvidó la lealtad que le debíamos, y lo dejamos solo cuando fue hecho prisionero en Getsemaní. Pero ya habrá otra oportunidad de hablar de esto.

Finalmente hicimos lo que quería Jesús, y gracias a Dios, no ocurrió una desgracia. Por el contrario; todo fue una sorpresa, y bien alegre por cierto. Lázaro ya había muerto y había sido enterrado, pero Jesús, con su poder divino, lo devolvió a la vida. Un acontecimiento

maravilloso y totalmente inusitado. El mismo Lázaro les contará esta historia cuando sea su turno.

La segunda mención está relacionada con la Última Cena Pascual de Jesús. Estábamos todos reunidos para celebrarla como nos había pedido, y él, que presentía lo que estaba por ocurrirle, empezó a despedirse de nosotros con unas palabras hermosas, que no entendimos en aquel momento, pero que luego, recordándolas y meditándolas juntos, nos hicieron tomar conciencia de su infinita sabiduría y de su inmenso amor por cada uno de nosotros.

Recuerdo con absoluta claridad y profunda emoción, su respuesta a una de mis inquietudes en aquel momento sublime. Es una frase llena de sentido, que me ha ayudado a poner los pies sobre la tierra, cuando por alguna circunstancia pierdo mi norte.

Sus palabras resuenan en mi mente y en mi corazón con total nitidez: *“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí”*; entonces me detengo un instante, reflexiono, y vuelvo a retomar la senda que él me señaló, la tarea que me confió: anunciar con valor y dedicación el amor paternal de Dios, su compasión infinita, por todos los hombres y mujeres del mundo, y su voluntad de salvación, de liberación de todo tipo de esclavitud, para que vivamos nuestra vida a plenitud y con felicidad.

La tercera mención, y tal vez la más significativa, por la resonancia que ha tenido en el tiempo, es el acontecimiento que tuvo lugar después de la muerte del

Maestro, y su gloriosa resurrección al tercer día.

Jesús resucitado se presentó a los discípulos que estaban reunidos en el mismo lugar donde habíamos celebrado la Cena, pero yo no estaba con ellos, por circunstancias que no viene al caso referir. Después, cuando me contaron que habían visto al Señor, que se les había aparecido al atardecer del domingo, no les creí; una resurrección es un hecho bien extraño, además, después de conocer el modo como se realiza una crucifixión, me quedaba realmente muy difícil aceptar que alguien que había padecido aquella muerte tan dolorosa, cruenta y humillante, hubiera podido volver a la vida.

Por eso les respondí con palabras bien dicientes: *“Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”* (Juan 20, 25). Quería comprobarlo por mí mismo, que todo me quedara claro, que se acabaran mis dudas de una vez y para siempre.

Dicen los estudiosos de los Evangelios, que esta duda mía, fue definitiva para la fe de los cristianos a lo largo de los siglos, porque hizo posible una confirmación más clara y contundente del acontecimiento de la resurrección.

Ocho días más tarde, Jesús se presentó de nuevo en medio de nosotros y yo pude cumplir mi deseo, y entonces sí, hacer una profesión personal de fe, no por lo que otros me contaron, sino por lo que yo mismo vi y toqué. Con toda humildad, reconocí a Jesús muerto y

resucitado, como mi Señor y mi Dios, merecedor de mi amor, y de la entrega total de mi ser.

En respuesta a mis palabras, el Maestro anunció una nueva bienaventuranza, que se hace realidad cada día, en los cientos, en los miles, en los millones de cristianos de todo el mundo, que se declaran y viven como sus seguidores fieles; los cientos, los miles, los millones de cristianos que en medio de su vida, proclaman su adhesión a la persona amorosa de Jesús y a sus enseñanzas. Nunca las olvidaré: *“Tomás, porque me has visto, has creído. Dichosos los que sin ver, creen” (Juan 20, 29).*

No quisiera terminar mi “historia”, sin decir algunas palabras sobre la fe, que sin duda ninguna, es el punto de partida y el elemento central del seguimiento de Jesús, en aquel entonces y en cualquier época de la historia, y también sobre la duda, que muchas veces hace vacilar la fe, pero que finalmente la fortalece y le da raíces sólidas y profundas.

La fe es un don de Dios, una gracia que el nos da “gratuitamente”, es decir, sin que nosotros merezcamos recibirla. Nadie, por bueno que sea, merece nada. Todo nos lo da Dios gratuitamente, porque él quiere, porque su amor es infinitamente generoso.

El don de la fe nos permite creer en Dios, y establecer una relación de intimidad con él, aunque esto no significa de ninguna manera, que podamos decir que porque creemos, porque tenemos fe, ya lo sabemos todo de Dios y entendemos perfectamente su misterio.

Por otra parte, hay momentos y circunstancias de la vida que nos llevan a plantearnos muy seriamente el tema de la fe y todo lo que a ella le compete. Frente a un accidente inesperado, una tragedia natural, la muerte de alguien a quien amamos, y otras cosas por el estilo, solemos hacernos muchas preguntas que, en el fondo, son un cuestionamiento claro a Dios y a lo que significa su participación en nuestra vida.

No es malo dudar. La duda es, en cierto sentido, un elemento integrante de la fe, mientras no nos empeñemos en ella, y en la medida en que pongamos los medios para superarla.

Lo malo de la duda es el desaliento que puede producir en nosotros y la manera como puede enredarnos, si no nos damos prisa en buscar una ayuda que nos permita retomar el camino perdido.

¿Qué podemos hacer cuando la duda llegue a nuestra mente y a nuestro corazón de creyentes?

La respuesta es clara. Cuando la duda llegue a nuestra mente y a nuestro corazón, lo primero y más importante es aferrarnos al poquito, a la gota de fe que todavía subsista en nosotros; elevar nuestro corazón a Dios, y pedirle con toda humildad su gracia para recuperarla.

Dios que nos da la fe como un regalo, es el único que puede llevarnos con seguridad a superar nuestras vacilaciones. La oración humilde y constante es un elemento fundamental en la lucha contra la incredulidad.

Y en segundo lugar, debemos buscar la ayuda de otras personas, que, por su vivencia cristiana y sus conocimientos, puedan darnos las explicaciones que buscamos; personas que oren con nosotros y por nosotros, y que a la vez iluminen nuestra mente y nuestro corazón con ideas y razones claras que nos permitan volver a creer a pesar de las circunstancias.

Aunque la fe es un conocimiento superior al que nos proporciona la razón, por nuestra condición humana, frágil y limitada, también necesitamos, muchas veces, razones para creer.

Lo importante no es no dudar nunca, sino no permitir que la duda o las dudas crezcan de tal manera, que hagan que la fe se extinga.

Bueno, no me alargo más, para no hacerme cansón. Sólo quiero dar mi último testimonio. Mi encuentro con Jesús, por los caminos de Galilea, fue el gran suceso de mi vida. Nunca lo olvidaré. Su llamada a seguirlo como discípulo, me cambió para siempre, y si una vez dudé de que fuera el Mesías, el Hijo de Dios enviado al mundo para liberar a los hombres y mujeres de todo lo que nos hace daño, su resurrección de entre los muertos, de la que fui testigo de excepción, me convenció definitivamente.

Por eso fui capaz de derramar mi sangre y dar mi vida física en el cumplimiento de la misión que el Maestro me encomendó: anunciar a todos los hombres y mujeres de mi tiempo que el – Jesús -. es el Camino, la Verdad, y la

Vida, y que quien busca a Dios tiene que escuchar su Palabra y seguir sus enseñanzas y su ejemplo de amor y misericordia.

Jesús es mi Camino, mi Verdad, y mi Vida. El Camino, la Verdad y la Vida del mundo. El Camino, la Verdad, y la Vida de cada hombre y de cada mujer que abra su corazón a sus palabras y a su amor inagotable.

Jesús es el Camino y quien desee llegar a Dios, debe pasar por él, caminar con él.

Jesús es la Verdad y quien busque conocer a Dios, necesita que él se lo enseñe, necesita aprender de él.

Jesús es la Vida y quien quiera vivir para siempre, tiene que dejarse llenar de su amor y su gracia.

AUMENTA, SEÑOR, MI FE Y MI ESPERANZA

Aumenta, Señor Jesús, mi fe y mi esperanza.

*La fe que me permite conocerte y amarte
por encima de todo.*

*La esperanza que siempre me anuncia
que el día de mañana será mejor que hoy.*

*Aumenta, Señor, mi fe,
para buscarte en todo,
aunque no pueda verte y tampoco tocarte,
porque estoy convencido*

de que sólo contigo lograré ser feliz.

*Y dame la esperanza
para seguir creyendo,
aunque el sol se oscurezca y mi alma se canse
de seguir tras tus huellas,
en medio del dolor .*

*La esperanza que mueve lo que se queda quieto,
y nos lleva con ella al futuro que ansía,
porque cree de veras
que al final del camino
estás tú, mi Señor.*

*Aumenta, Señor, mi fe y mi esperanza,
para buscarte siempre.
Para quererte siempre.
Para esperar con ansia
nuestro encuentro de amor.
Amén.*

15. DEL DOLOR A LA ALEGRÍA (La viuda de Naim)



Y sucedió que a continuación se fue Jesús a una ciudad llamada Naím, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre.

Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad.

Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: "No llores". Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: "Joven, a ti te digo: Levántate".

El muerto se incorporó y se puso a hablar, y él se lo dio a su madre.

El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: "Un gran profeta se ha levantado entre nosotros", y "Dios ha visitado a su pueblo".

Y lo que se decía de él, se propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina. (Lucas 7, 11-17)

Soy una mujer viuda desde hace ya muchos años, y vivo en Naín, una pequeña ciudad de la región de Galilea al norte de Israel.

La mayor alegría de mi vida, me la dio Jesús, el Señor, paradójicamente, el día que estaba experimentando el más grande dolor que puede tener una madre: la muerte de su hijo.

No lo había visto nunca antes, aunque sí había oído hablar de él, y de los milagros que hacía. Sin embargo, como las mujeres, y en especial las viudas, llevábamos en aquel tiempo una vida tan restringida, me había quedado con lo que otros decían, sin intentar siquiera buscarlo para conocerlo, y escuchar sus enseñanzas de viva voz.

Ahora, en cambio, vaya donde vaya, lo primero que hago es acercarme a los grupos de personas, a las comunidades que se han ido formando alrededor de su persona y de su obra, y en las que se siente realmente vivo y en medio de nosotros.

Y es que cuando yo creía que todo había acabado para mí, por la muerte de mi hijo, que era lo único que tenía en este mundo, Jesús me devolvió la esperanza y las ganas de vivir. Por eso me siento la persona más afortunada del mundo, y no tengo para él más que palabras de agradecimiento, y un amor muy profundo que me hace hablar de su persona y de sus enseñanzas a todos los que me encuentro.

Me sale de dentro, del corazón, y es para mí siempre la tarea más importante.

¿Cómo sucedieron las cosas? San Lucas lo cuenta en su Evangelio. Jesús iba, con sus discípulos, de la ciudad de Cafarnaúm al pueblo de Naím, en una de sus numerosas correrías. Quería anunciar también allí, la Buena Noticia de que el Reino de Dios ya había llegado a nosotros, y cómo podíamos todos acceder a ese Reino, para alcanzar nuestra plenitud como personas y como hijos de Dios.

Cerca ya de las murallas de la ciudad, él y sus discípulos se encontraron de frente con un cortejo fúnebre que tal vez llamó su atención por ser numeroso, y porque la mayor parte de quienes lo integrábamos, éramos mujeres.

Escuché cuando uno de los que lo acompañaban, bastante curioso por cierto, preguntó a un joven amigo de mi hijo, quién era el muerto; y también vi cómo, tan pronto lo supo, fue a decírselo a Jesús, intuyendo, tal vez, que él quisiera hacer algo por mí.

No podré olvidar nunca, la mirada tierna y compasiva con la que Jesús se acercó a mí, intentando darme consuelo, y la dulzura con la que me dijo: *"No llores"*. Nunca me había sentido tan amada y tan protegida como en aquel momento. Hasta podría decir que por un instante cesó en mi corazón el dolor que la muerte de mi hijo me causaba.

Después, escuché sorprendida, cómo se dirigió al féretro, y con gran autoridad dijo: *"Joven; a ti te digo. ¡Levántate!"*. Todo me había pasado por la cabeza, menos que fuera a ocurrir allí un milagro, porque cómo más se puede llamar el hacer que una persona muerta vuelva a la vida.

Todos los que estábamos allí quedamos estupefactos cuando vimos a mi hijo, envuelto en la mortaja, intentando levantarse, y con las vendas en su cabeza, pidiendo a gritos que lo liberaran de todas aquellas ataduras que no lo dejaban mover.

Desde aquel día mi vida cambió completamente. Recuperé la fe que había perdido, y comencé a ser una persona nueva. Jesús me cambió definitivamente, y también, por su puesto, cambió a mi hijo.

Se podría decir que todo lo que ahora somos se lo debemos a él; al amor y la compasión que lo acercaron a nuestro drama, y a la fuerza de su poder divino que devolvió a mi hijo la vida física, y a ambos, la vida espiritual.

Porque yo también me siento resucitada por Jesús.

Resucitada, bendecida, protegida, iluminada, guiada.

Jesús es ahora todo para mí, y aunque ya no está físicamente entre nosotros, lo siento vivo y palpitante en mi corazón, y puedo dar fe de que me acompaña a todas partes donde voy, me ilumina el camino que debo seguir para alcanzar lo que quiero por encima de todas las cosas: la vida eterna y feliz a su lado; y cuando tengo dificultades y problemas, que no le faltan a nadie, él es *mi fuerza, mi escudo, el lugar donde me pongo a salvo* (cf. Salmo 28(27) y 18(17)).

Quiero que toda la gente conozca mi historia, y lo que Jesús realizó en mí. Por eso me he hecho su discípula y también su misionera.

Cada mañana lo busco en la oración para tener un diálogo íntimo con él. Un diálogo sin palabras que puedan oírse con los oídos del cuerpo, pero que se escuchan con claridad y nitidez en el corazón. Un diálogo de amor, en el que yo le hablo de mis más grandes anhelos, le cuento lo que hago y por qué lo hago, pongo ante él mis dificultades y problemas y también mis alegrías y mis triunfos, y escucho lo que él me quiere enseñar para vivir mi vida cotidiana con verdadero sentido de eternidad.

Después, regreso al mundo en el que ahora estoy, y realizo todas mis tareas con mucho entusiasmo, tratando de reflejar en cada una de mis palabras, de mis acciones y de mis actitudes, eso que he ido aprendiendo de Jesús, a partir de aquel día maravilloso de nuestro primer encuentro.

Ahora soy infinitamente feliz, y Jesús es mi gran felicidad.

ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE LA ALEGRÍA

*Dame, Señor, el don de la alegría,
que canta sin reservas,
la belleza del mundo,
la grandeza del hombre,
la bondad de su Dios.*

*Dame, Señor, el don de la alegría,
que me haga siempre joven,
aunque los años pasen;
la alegría que llena
de luz el corazón.*

*Dame, Señor, el don de la alegría,
que colma de sonrisas,
de abrazos y de besos,
el encuentro de amigos,
la vida y el amor.*

*Dame, Señor, el don de la alegría,
que me una contigo,
el Dios siempre presente,
en quien todo converge
y en quien todo se inspira.*

Dame, Señor, el don de la alegría,

*que alienta el corazón
y nos muestra un futuro
lleno de bendiciones,
a pesar del dolor.
Amén.*

16. EL COMPAÑERO DE LA ÚLTIMA HORA (Dimas, el buen ladrón)



Uno de los malhechores colgados le insultaba: “¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!”.

Pero el otro le respondió diciendo: “¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho”.

Y decía: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”.

Jesús le dijo: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lucas 23, 39-43).

Me llaman Dimas, y soy el bandido que fue crucificado a la derecha de Jesús de Nazaret, el Hijo eterno de Dios.

También yo tengo mucho que decir de él, aunque apenas me encontré con él en el último momento de su vida en el mundo y también de la mía.

Por esta misma razón, mi experiencia es distinta a la de los demás, y merece ser contada.

Había oído hablar de él una que otra vez, pero no me había interesado conocerlo. Todo lo que decían me parecía un cuento de mujeres. ¿Quién, medianamente cuerdo, podía creer en los milagros que decían que él hacía, sin verlo con sus propios ojos? ...

Yo no tenía tiempo para perder yendo a buscarlo... Tenía que atender mis asuntos personales, que eran bastantes y cada vez se complicaban más, obligándome a mantenerme apartado de las multitudes, para no ser descubierto por mis enemigos, que no eran pocos, y por las autoridades romanas que ya me tenían en la mira.

Pero un día sucedió lo que ya saben. Una noche fui delatado por uno de mis cómplices, los soldados romanos me apresaron; en dos o tres días me juzgaron y me condenaron a muerte, y luego, en menos de una semana me sacaron de mi celda abruptamente, me llevaron a empeyones fuera de la ciudad para crucificarme, y esto fue lo que en último término me condujo a su lado.

Es que, como dicen por ahí, Dios sabe sacar bienes de los males, porque su misericordia con nosotros es infinita.

Fue allí, en el Gólgota, lugar de la ejecución, donde vi por primera vez a Jesús, aunque al principio no me di cuenta de que era él. Sólo pude identificarlo cuando elevaron su cruz y muchos de los que estaban allí de curiosos, o de los que pasaban por el lugar, rumbo a sus casas, empezaron a gritarle y a burlarse de él, y lo mismo Gestas, mi compañero de suplicio, cuya cruz había sido puesta al lado izquierdo de Jesús.

En medio de los inmensos dolores que sentía, me concentré un momento en mirar a Jesús, y lo que vi me impresionó profundamente.

La sangre corría en hilos muy finos por todo su rostro, porque llevaba además una corona de espinas, que muy seguramente le habían puesto los soldados romanos para burlarse de él; su tórax estaba tumefacto y amoratado, porque había sido flagelado por orden de Pilatos antes de recibir la condena definitiva; su brazo derecho había sido descoyundado, porque el soldado que lo clavó a la cruz lo estiró con más fuerza de la estrictamente necesaria; sus pies, colocados uno encima del otro, sangraban profusamente.

¡...Y sin embargo, Jesús permanecía en silencio, sin quejarse, en absoluta paz, como si no le hubiera sucedido nada... Como si no le estuviera sucediendo nada...!

Muchas veces había sido testigo de la crucifixión de otras personas, y había visto su desesperación. Además, yo mismo estaba en aquel suplicio, padeciendo inmensos dolores físicos, y me parecía imposible que

Jesús reaccionara de una manera tan distinta a todos.

El odio, la rabia, los gritos, la desesperación, la blasfemia, era lo común en aquellas circunstancias; Jesús, en cambio, permanecía callado, su rostro y su cuerpo se contraían por algunos instantes, por los dolores que sentía y la dificultad para respirar en aquella posición tan forzada, pero rápidamente recuperaban su expresión y su postura iniciales. El Maestro tenía perfecto dominio de sí mismo y de sus reacciones.

Entonces vino a mí, la luz del Espíritu de Dios, que iluminó mi mente y mi corazón, y me hizo pensar: esta actitud aparentemente tan extraña de Jesús, no podía tener otro origen ni explicarse de otra manera, que aceptando su condición de Mesías, enviado por Dios mismo a Israel como Salvador, tal como había sido anunciado por los profetas.

¡Era precisamente de esto de lo que lo habían acusado los sumos sacerdotes!... ¡Era esto lo que le gritaban los que lo desafiaban para que hiciera un milagro y descendiera de la cruz delante de sus ojos!...

Fue para mí un descubrimiento inusitado y maravilloso; un descubrimiento que me permitió “olvidarme” de la situación en la que estaba, para centrar mi pensamiento en él, en Jesús. Dios mismo me regaló en un instante, el hermoso don de la fe, la gracia inigualable de creer, y formulé mi profesión de fe en una pequeña oración que Jesús escuchó con amor y respondió con prontitud, como hizo constar Lucas en su Evangelio.

Pienso que mi experiencia puede servir a muchas personas, y por eso he querido contarla. Nunca es tarde para acercarse a Dios. Nunca es tarde para abrir el corazón a su Verdad y a su Amor. Él tiene sus brazos siempre abiertos para acogernos con cariño y bondad. No importa que nuestra vida haya transcurrido por caminos que no son los suyos; no importa que hayamos dado tumbos y cosechado fracasos; no importa que sea el dolor lo que nos acerque a él.

Lo único realmente importante es que en el momento en el que nos llame, seamos dóciles a su llamada; que sepamos aprovechar con diligencia y buena disposición, su gracia; que nos entreguemos a él plenamente, sin excusas, sin reservas.

Por bondad infinita de Dios, yo fui como el hijo pródigo de la parábola (Lucas 15, 11 ss), que después de dilapidar la herencia de su padre, regresó a él con el corazón arrepentido, para no volver a alejarse de su hogar, nunca más.

Mi vida en el mundo terminó, como terminó la vida de Jesús, aquella tarde de primavera; pero ahora vivo y viviré para siempre, porque en el último instante, me acogí humildemente a la misericordia de Dios, que fue bueno conmigo.

Mi recomendación para todos aquellos que lean estas líneas: hay que mantener el corazón abierto y bien dispuesto a la gracia de Dios, que puede llegarnos en cualquier instante, en cualquier circunstancia de nuestra vida, por extraña que parezca.

Además, el dolor, el sufrimiento, ya sea físico o espiritual, es un momento privilegiado para el encuentro con el Señor; Jesús lo vivió en carne propia, y por esa razón sabe lo que sentimos cuando lo padecemos, y viene a hacernos compañía en él. Es una oportunidad privilegiada para dejarnos llenar de su amor y para implorar su perdón que siempre está disponible para nosotros, de manera incondicional.

Sin embargo, es mil veces mejor no dejar la conversión para el último momento, como fue mi caso, porque uno se pierde muchas cosas, muchos momentos de felicidad espiritual, que es la verdadera felicidad, la que no termina nunca.

Ojalá muchos escuchen mi testimonio y lo hagan realidad en sus vidas.

DAME, SEÑOR, UN CORAZÓN DE CARNE

*Señor Dios, clemente y compasivo,
rico en bondad y en misericordia,
me pongo de rodillas ante Ti,
y humildemente, arrepentido y confiado,
te pido que me des un corazón de carne,
capaz de convertirse a cada instante.*

*Dame, Señor, un corazón de carne
que sienta cada día la fuerza de tu amor;
un corazón de carne capaz de conmoverse
frente al mal y el pecado;*

*un corazón de carne que sepa dar la vuelta
y comenzar de nuevo con ánimo sereno.*

*Dame, Señor, un corazón de carne
que no se sienta bueno;
un corazón de carne que busque conocerte
para mejor amarte;
un corazón de carne que mantenga presente
la herida del pecado y el dolor que te causa.*

*Dame, Señor, un corazón de carne
que siempre se interese por Ti y por tus cosas;
un corazón de carne que sea fiel y generoso;
un corazón de carne que ame la justicia;
un corazón de carne esforzado y valiente;
un corazón de carne que no guarde rencores
por nada ni por nadie.*

*Dame, Señor, un corazón de carne;
un corazón que ame;
un corazón que duela;
un corazón que busque ser mejor cada día;
un corazón que se eleve por encima de él mismo.*

*Dame, Señor, un corazón de carne;
un corazón sensible;
un corazón sincero;
un corazón sencillo;
un corazón capaz y decidido.*

*Dame, Señor, un corazón de carne
que reproduzca fielmente tu santo corazón;
un corazón que ama por encima de todo;*

*un corazón que es limpio y transparente;
un corazón que vive en la esperanza.*

*Dame, Señor, un corazón de carne,
que se parezca al tuyo;
un corazón que viva y que palpite como tu corazón.
Amén.*

